



La ciencia del siglo XIX definida por Mr. Henry Harrisse.

No habrán olvidado los lectores de esta REVISTA que allá, por el mes de septiembre de 1892, cuando en todas partes se hacían preparativos para solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento de otro mundo, el doctísimo y laborioso colombista Mr. Harrisse, desocupado momentáneamente por declinar la Comisión oficial de Italia el concurso que, con sin igual candidez, había brindado para sacarla de apuros (1), prometió en una de las lecciones admirables que suele enderezar á los españoles, y que fama por doquiera le han granjeado, que dedicaría á los académicos una particular especialísima, conjurándoles á moderar la impaciencia con la seguridad de que sería, la ofrecida, obra digna del acontecimiento sin igual, y de lo que de su ingenio pudiera esperar la humanidad (2).

El plan que por entonces acariciara, no conocemos: cualquiera que fuese, no ha llegado á granar. Hubo de ver, andando el tiempo, un libro publicado por la Academia de la Historia, y estimó acertadamente que galardón mejor que

(1) « *Benévolent et avec une naïveté à nulle autre pareille.* » Harrisse, *Autographes de C. Colomb récemment découverts*, *Revue Historique*, París, février, 1893.

(2) Harrisse, *Un historien espagnol de Colomb*, *Revue Critique*, París, 26 sept. et 3 oct. 1892.

analizarlo no cabría dentro de su intención amorosa hacia el Cuerpo. Algún tropiezo encontrado en los comienzos de la empresa le instó, sin duda, á procurarse coadjutor, con la fortuna de encontrarlo expreso: en aptitud no menor que la suya—y no es poco;—en condiciones morales, de grandísima semejanza con las propias; en competencia para el asunto no se diga nada, pues que él mismo nos dice ser «un sabio extranjero que, de literatura española, con el dedo meñique sabe más que los letrados del reino de Castilla juntos» (1).

Alude en algunos párrafos á la opinión de un D. Domingo Rostrituerto, autoridad indiscutible, que bien le ha servido (2) con lo que pudiera suponerse asociación trinitaria para la prodigiosa labor acometida; pero, mirándolo detenidamente, se advierte no haber en ella más que dos personas distintas y un solo pájaro pinto, linda avecilla si no tuviera torcido más que el pico.

Sea como se quiera, la obra está hecha, y la palabra del Sr. HARRISSE cumplida con superabundancia. Si los impacientes la tacharen de tardía, será sólo mientras no aprecien su magnitud y su importancia: con verla por encima no les parecerá mucho año y medio empleado con tanta utilidad.

Decía el licenciado Vidriera, y decía bien, que no es cosa sencilla inflar un perro.

Apareció primeramente la lección predicha en una revista alemana (3), camino, si indirecto para su destino, estimulante de la notoriedad. Se imprimió luego en un opúsculo esmerado, *chichirico* que dirían lectoras filipinas, arribando de gracia algún que otro ejemplar á manos madrileñas que, avaras, lo guardaron como oro en paño, reservándose los propietarios el placer de la contemplación. No ha faltado, sin embargo, ánima generosa que haga al público partícipe del goce, siquiera incompleto, de su conocimiento. *Clarín*, correspondiendo á las exigencias del nombre, lo ha sonado

(1) HARRISSE, libro de referencia, p. 138.

(2) Idem, *id.*, p. 5.

(3) *Centralblatt für Bibliothekswesen*. feb., 1894.

como lo hiciera la parlera Fama, en *El Globo*, diario popular, político, científico y literario (1). Con todo, tengo para mí que no ha de satisfacer á los amigos de semifusas la música del instrumento bélico, por buena que ella sea; ha de entenderse que más requiere la partitura harrissiana, tesoro de bellezas, y como obligado estoy á cantarla, á falta de acompañante de vihuela, quiero serlo de bombo, que es á lo que podrá llegar mi suficiencia, venciendo, en obsequio del maestro á la natural timidez y á la persuasión de nulidad académica. Habré de poner al caletre en la prensa de la gratitud, exprimiéndolo; si el zumo es escaso, téngase por aprendido que quien da lo que tiene no está obligado á más.

El ejemplar adquirido para mí en París, por mediación del librero D. Fernando Fe, es tomito en 8.º, preciosamente impreso, de 157 páginas. Mide la caja—*grosso modo*, por no tener á mano instrumentos de precisión de los que el Observatorio astronómico se sirve—130 milímetros por 77; el papel, tonsurado, 183 milímetros por 116, en página, sin marca transparente de fábrica; la cubierta es de color barquillo, tirada aparte con tintas negra y roja. Reza la anteportada:

BSSAIS | DE | BIBLIOGRAPHIE ET D'HISTOIRE CRITIQUES
| NÚM. I. |

Grato indicio de comenzar el libro una serie indeterminada. Á la vuelta se lee: *Macon, Protat frères, imprimeurs.*

La portada, en la segunda foja, dice—ruego encarecidamente á los cajistas no se equivoquen.

OPERA MINORA || (tipo gótico en negro) CHRISTOPHE CO-
LOMB || (en rojo) ET LES || ACADEMICIENS ESPAGNOLS || NO-
TES || POUR SE VIR A L' HISTOIRE || DE LA || (todas estas lí-
neas en negro) SCIENCE EN ESPAGNE || (en rojo) AU XIX^e SIÈ-
CLE || PAR L' AUTEUR || DE LA || (en negro) BIBLIOTHECA
AMERICANA VETUSTISSIMA || (en rojo) PARÍS || 59, RUE BO-
NAPARTE, 59 || 1894 || (en negro).

(1) Del miércoles 9 de mayo de 1894.

En la foja tercera, membrete que repite *Christophe Colomb et les Academiciens espagnols*, empezando la paginación á la vuelta con el número 2. Desde el 33 al 46, mención de torpezas, inexactitudes, errores y erratas del libro que examina. En el 61 empieza la descripción de las ediciones primitivas de la Carta de Cristobal Colón anunciando el descubrimiento indiano, obra magistral del Sr. HARRISSE elaborada expresamente por muestra de su saber y enseñanza á los académicos españoles. Ocupa este trabajo portentoso hasta la página 101. Desde la 109 á la 115, para más fácil comprensión, «uniendo lo agradable con lo útil», revela las obras omitidas en la publicación de la Academia. Vuelve á notar erratas y errores españoles desde la página 116 á la 136. Dedicá á la bomba final las 137 á 141. Sigue índice de nombres propios, á dos columnas, desde la 143 á la 153, en la que se repite el pie de imprenta, y en las 155 á 157 cataloga las obras del mismo autor, impresas, en prensa y en preparación. Por último, cierra la cubierta anunciando sobre su medio tono la aparición sucesiva de *Opera minora*, comprendiendo el pensamiento un volumen titulado *Les Academiciens espagnols et la science de l' Histoire. Examen critique accompagné d'extraits curieux*.

Debajo no dice: ¡Ya escampa!

Adviértese ante todo que el Sr. HARRISSE, envanecido justamente con la obra sin igual de que es autor, sustituye el título á su nombre propio, tanto por suponer que aquél ha de ser familiar á todo literato, como porque así puede hablar de sí con la libertad que de cualquiera otra persona amiga. No es hecho nuevo: ha usado anteriormente en *Opera minora*, á manera de blasón ó mote, las iniciales B. A. V. del título mismo, y la observación no tiene por consiguiente importancia como las que engarzan su última joya declarando que, si las hace un tanto agudas, son ante todo sinceras y nada tienen de malquerencia. Persuadido de que la causa de la civilización exige imperiosamente á cada cual extremo esfuerzo en pro común, intima á los que se tengan por mejores la obligación primera de instruirse; el deber subsecuente de procurar que su país no sea tributario de los demás en la

ciencia ni en la historia. Muy bien hablado. Mas como quiera que esta sentencia se halla al final del libro, empecemos por el principio de las encerradas en las entrañas del papel.

La Academia de la Historia de Madrid—nos cuenta,—con perspicacia digna de atención, comprendió que el festejo de gloria del centenario colombino requería la cooperación *de la ciencia*, un tanto descuidada en el medio académico. Sacrificando á la opinión sus aficiones, decidió publicar «Enumeración de documentos y libros relativos á Cristobal Colón y á sus viajes:» no era mucho; resultó, sin embargo, empresa superior á sus fuerzas.

Á fin de probarlo analiza el Sr. HARRISSE, *sin malicia y sin hostilidad*, el libro, guiado por su amor puro á la ciencia y su deber de civilizador; con paciencia de benedictino, eso sí, merecedora de superlativo encomio.

La vivisección le muestra ser la obra «del Cuerpo más sabio de todas las Españas,» libro malo; rematadamente malo, el más malo de los de su especie existentes. Esto, expuesto naturalmente sin malicia y sin hostilidad: conste otra vez.

Examina el método adoptado para la formación de tal librote; lo que pudiera y debiera ser; lo que le sobra y lo que le falta: el título, la división, el procedimiento, la fe de erratas. Apunta una por una las que, inadvertidas, plagan las páginas, y después ¡horror! las equivocaciones materiales, los errores de concepto, el conjunto de dislates de los *sabios*, que no han incluido una pieza documental de mínimo interés, una hoja siquiera «que no haya sido hasta la saciedad leída, releída, vuelta del revés, de diez años acá.» «¡Infelices, hablan como hablan los ciegos de los colores!»

Esto en sustancia; fuera en mí temeridad el intento de interpretar ideas de elevación comparable con las Montañas Pedregosas, ó la pretensión siquiera de traducir al castellano frases que, si no son habituales entre gente educada literariamente, tienen un gracejo, una frescura aplaudida por cuantos han saboreado otras obras *pequeñas* del vetustísimo bibliotecario, almacenes de su sal incomparable. Sabido es que para sandunga el Misisipi. Escribe en serio, no obstante, á ratos. Oído:

«La bibliografía es una ciencia de precisión. Requiere cuidados meticulosos infinitos de los que no se creen dispensados más que los hombres ligeros ó los ignorantes... Una vírgula omitida, una letra mayúscula sustituida á una minúscula, bastan para distinguir las ediciones de un libro... Cualquiera sabio español sabe estas cosas y muchas más por simple intuición... aunque no siempre sepan leer una signatura tipográfica...»

Era de esperar, por tanto, el Capharnaun académico, el salmigondis que salió de sus manos pecadoras,

«Sois [verdaderamente] unos petates;
yo los haré revueltos con tomates.»

Manos á la obra. Para ejemplar de la ciencia mayúscula ha elegido el bibliógrafo excelente la descripción de la primera carta del ídolo que monopoliza, en las varias ediciones latinas, ocupando, como anticipé, las páginas 61 á 101. Recomendándolas al público sin desflorar las impresiones; esas páginas están sin cortar en mi ejemplar, no ciertamente por duda en la sublimidad; sé muy bien que el Sr. HARRISSE sabe hacer y hace libros *que forman época*. ¿Como lo he de ignorar habiéndose dignado él decirlo á todo el mundo? (1) Tengo, pues, por seguro que al proponerse dar pauta á los académicos españoles, al enviarles modelo, como si dijéramos, de encargo, habrá hecho gala de los primores de su ciencia exacta por encima de las de Laplace y de Newton, bordando un trabajillo dechado, que considero desde luego de indisputable utilidad, de los que avanzan la civilización y colocan el nombre HARRISSE entre los de los bienhechores de sus semejantes. Por de contado lo pongo respetuosamente sobre mi cabeza rindiéndole el tributo de la admiración.

Tras estas necesarias explicaciones digo no haberlo leído, primero, por mi rudimentario conocimiento de la ciencia precisa, tal como el fénix de los bibliotecarios la concibe, sin desdeñarla ni mucho menos, que la aprovecho, por lo contrario, en lo que necesito. Segundo, por tratar de asunto

(1) HARRISSE, *The Discovery of North America*.

que el mismo Sr. HARRISSE había esculpido en su monumento imperecedero, y que en el día se ha facilitado gracias á las reproducciones (1). Tercero, porque si bien el modelo se presenta dedicado á la ignorancia de los académicos españoles, antójase que en realidad va flechado al profesor Sr. Cesare de LOLLIS, bibliógrafo que por decisión del Gobierno italiano, y por aliento de gigante, tomó á su cargo y acometió en Roma lo que para el Sr. HARRISSE reservaban los dioses y él se había brindado á concluir, dicho está, *con su benevolencia é ingenuidad sin paralelo*.

Algo he leído, no obstante, en el dechado: el encabezamiento que—salvo error—dice:

VERSION LATINE DE LA LETTRE DE CHRISTOPHE COLOMB
ANNONÇANT AUX ROIS CATHOLIQUES LA DÉCOUVERTE DU
NOUVEAU MONDE,

y á renglón seguido:

*Epistola Christophori Colom... de Insulis Indie supra Gan-
gem... ad Magnificum dñm Raphaelem Sanxis...*

Con ello me basta para formular, con la humildad y encogimiento propios del que no sabe, estas preguntas:

Maestro, ¿trata la Carta del Nuevo Mundo ó de islas sobre el Ganges? ¿Está dirigida á los Reyes Católicos ó al magnífico Sr. Rafael Sánchez? Díganos su merced graciosa á cuál de los textos, francés ó latino, hemos de atenernos. Díganos también, por su vida ó por su omnisciencia, si han de considerarse en su versión las mayúsculas ó las garrafales, y díganos por apéndice si las ha visto tan gordas en el Capharnaun de los académicos.

Sin aguardar las respuestas se me ofrece ya motivo para asentar que, con ser *pequeño* el libro del Sr. HARRISSE, tiene sobras: pasemos á mirar si tiene igualmente faltas.

Ha examinado con minuciosidad virgulesca el libro que critica: no ha reparado en que lleva prólogo. Subsanemos la cortedad de vista copiando estos párrafos:

(1) Entre ellas la muy estimable *Printed by order of the trustees of the Lenox library, New York, 1892.*

«No era de ningún modo una bibliografía general de libros de América lo que se nos pedía y encomendaba. Temeridad ó más bien locura hubiera sido intentar obra tamaña, en plazo tan breve y angustioso, si queríamos añadir algo nuevo á la inmensa riqueza que contienen las numerosas biografías americanas que ya poseemos, desde el meritorio *Epítome* de nuestro León Pinedo, amplísimamente adicionado por González Barcia, hasta la *Biblioteca Americana Vetusissima* del norteamericano HARRISSE, modelo de exactitud minuciosa en las descripciones de los libros más peregrinos y de esplendidez y lujo en la parte tipográfica. ¿Á qué repetir un trabajo definitivamente hecho, cuando, si algún libro pudo ocultarse á la diligencia de HARRISSE de los publicados entre 1492 y 1551, que son los fundamentales en la bibliografía de América, él mismo ha ido subsanando estos olvidos en un tomo de *Adiciones* y en numerosos escritos posteriores, mediante los cuales ha llegado á convertir como en patrimonio suyo la primitiva bibliografía americana, logrando en ella autoridad menos contestada que en sus disquisiciones puramente históricas y críticas?...

• Pareció conveniente una obra de vulgarización bibliográfica más que de bibliografía rigurosamente científica... La rapidez con que ha sido preciso ordenarla é imprimirla ha perjudicado sin duda á la severa corrección, que tanto realza los estudios bibliográficos. Algunos artículos estarán acaso fuera de su lugar más propio: algún otro quizá resulte repetido; accidente fácil y excusable en una labor en que han intervenido diversas manos. Tanto en esto como en los errores tipográficos no advertidos á tiempo, queda ancho campo á la indulgencia del docto y del discreto, quienes, conociendo por experiencia propia lo difícil que es llegar al acierto y perfección en tales materias, absuelven de buen grado todo libro en que la utilidad sobrepuja ó compensa los defectos. »

Pero si el Sr. HARRISSE se diera por entendido de la prelusión, ha de pensarse. ¿qué objeto tendría la tarea olorosa de escarabajo que por modestia suma califica de *opera minora*? ¿Había de escribir que su benevolencia tamaña como su discreción, está reconocida? ¿Consignaría la creencia de que

por el poco inglés de los españoles académicos no la habrían visto proclamada en la Gran Bretaña (1), ó había de abrir el corazón cacareando la ofensa atroz que le han hecho, pensando elogiarle, al insinuar que su autoridad crítica no se acata en el universo?

No valiera entonces la pena, que él se ha tomado, de registrar frase por frase y letra por letra, para darse el placer de *trompetear* que el libro es detestable; que nada le ha enseñado, con la buena fe que se desprende de los siguientes, pocos, ejemplos, porque debo confesar que tampoco ha llegado mi paciencia al límite heroico de leer por completo sus notas de erratas y de enmiendas.

Dice:

«Dejamos á los aficionados á logogrifos la agradable ocupación de descubrir un poema de Julio César sobre Cristóbal Colón.» (*Opera minora*, p. 6).

«JULIO CÉSAR, poema de la navegación de Colón. Navarrete, *Bibliot. marit.*, t. II, p. 329, lo menciona con referencia al Doctor Solórzano Pereira, á L. Pinelo, *Epit. de Bibliot.*, p. 62, y á su continuador Barcia, t. II, col. 565. Las referencias deben entenderse de Julio César Stella. V. Stella y lo que acerca del autor dice Nicolás Antonio, *Bibliot. hisp. nov.*, t. II, p. 383.» (Explicación del logogrifo en la *Bibliografía criticada*, p. 544, n. 130.)

«En lo que los académicos españoles llaman una *bibliografía* figura una obra que Colón habría redactado en forma de los Comentarios de Julio César...» (*Opera minora*, p. 25.)

En la sección titulada *Escritos de Colón y obras que tratan de ellos* se incluye:

«Escritura en la forma de los Comentarios de Julio César, en que el Almirante consignó las ocurrencias de sus tres primeros viajes.—Así lo expresa el mismo Almirante en la carta dirigida á Su Santidad en febrero de 1502.» (*Bibliog.*, página 201.) Menciónase después (p. 207) la real cédula de privilegio á D. Luis Colón para imprimir el libro de su abuelo.

(1) «As is well known, Mr. Harrisse is more indulgent to himself than he is to his friends.» *The Athenaeum*, London, June 17, 1893.

«La memoria redactada por Colón para su hijo Diego no es la misma que publicó Navarrete; ésta fué enviada á don Diego antes de emprender el cuarto viaje, á pesar de la corrección expresa de las erratas.» (*Opera minora*, p. 17.)

Corrección es ésta, en efecto, de las más curiosas é interesantes, no al texto que reza: «Memorial que D. Cristóbal Colón dejó á su hijo D. Diego al emprender el cuarto viaje» (Bibliog., p. 207), sino á las erratas del final (p. 68r). Véase cómo resplandece aquí la honradez del impecable crítico.

No ha mucho dijo en una de sus reprimendas á los académicos españoles (1):

«En las instrucciones que Colón dió á su hijo Diego *antes de hacer el tercer viaje*, instrucciones encontradas por Vargas Ponce en una genealogía de la casa de Portugal, se lee... Tomé copia del manuscrito tiempo ha, y no contiene pormenores, pero *evidentemente trata del segundo viaje.*»

El agraciado por el bibliógrafo infalible con el título de *especialista* de la Academia de la Historia respondió entonces (2):

«Dice el Almirante en uno de los párrafos de la instrucción: *Muchas deudas que en la Española me son debidas y otras cosas que allá me tomó Bobadilla...* por tanto, *es evidente* que se trata del segundo viaje; en la historia del Sr. HARRISSE constará que el Comendador fué en el primero, y allá, en el fuerte de Navidad tomaría esas cosas de que habla don Cristóbal. Da la pícará casualidad que el manuscrito de Vargas Ponce, que tiempo ha copió el diligente americano del tomo LII de la colección guardada en la Academia de la Historia, se encuentra en realidad en el tomo LIV, folio 1.423, pero también se encuentra copia con explicación y comentarios en un libreo español titulado *Nebulosa de Colón*» (3).

No está mal que ahora vuelva á corregir el benigno señor HARRISSE al especialista con los propios argumentos, más tampoco viene mal á los bibliófilos tener memoria de lo que han escrito.

(1) HARRISSE, *Christophe Colomb devant l' Histoire*.

(2) F. DURO. *Homenaje al eminente crítico é inimitable escritor Mr. Henry HARRISSE, La España Moderna*. Madrid, enero, 1893.

(3) F. DURO. *Nebulosa de Colón*, págs. 25-32 y notas 19-34.

Sigamos.

«No es Violante Muñiz lo que se lee en el documento original concerniente á la cuñada de Cristóbal Colón, sino Briolanja Muñiz, y diga lo que quiera el Capitán Duro, que para todo tiene respuesta, Briolanja y Violante nada tienen de común... Aquélla es la Briolanja y «la hermosa reina Briolania» del Amadís de Gaula.» (*Opera minora*, pág. 19.)

Me guardaré mucho de disputar al sabio Sr. HARRISSE el derecho de extender á la lengua castellana las lecciones que se sirve darnos de alemán, inglés, francés, italiano, copto, natchez, etc.; etc., al deseoso de aprender todo aprovecha; con todo, séame admitida aún la reminiscencia de escrito no muy viejo. Dije de uno de los primores del erudito (1):

«Con sólo la molestia de volver la hoja en que el Sr. HARRISSE ha encontrado el cuerpo del delito, observaría (él, víctima de plagiarios) que allí se encuentran las observaciones que ahora le ocurren respecto al concuñado del Virrey, y que también se nota estar escrito el nombre de la mujer en el testamento de D. Diego Colón que publicó el Sr. HARRISSE, y en la instrucción que dejó el Almirante á su hijo, con las variantes Brigulaga, Briolanja, Violenta y Violante, variantes familiares portuguesas que corresponden á un solo nombre, como en castellano corresponden al mismo las de Yolant y Yolanda.»

Mantengo lo escrito, pero si no basta al escrupuloso impugnador que en las instrucciones, en los testamentos, en las cédulas reales se nombre Violante á la hermana de la mujer de Colón, sea enhorabuena, y viva «la bella reina Briolania.» No desmenuemos tampoco las inocentes equivocaciones en que incurre el apacible bibliotecario de lo vetusto corrigiendo al prójimo, por no invadir el terreno de las vírgulas en que vive y reina. Á otra cosa.

Sigue el Sr. HARRISSE las tendencias de verdadero sabio, á la generalización: observa los fenómenos, determina y fija las leyes procediendo con lógica infinitamente superior á la de Squilace, autor del gran aforismo *Canóniga buena*;

(1) *La España Moderna*. Madrid, marzo, 1893.

Cabilda mala. El dice: malos académicos, Academia pésima, y gasta los dientes, como la serpiente que mordía á la lima, aunque la Asociación otorgue títulos que habilitan para él á los individuos con la condición de cabezas de turco.

Algo misterioso ha de haber en las predilecciones del abogado americano. La censura de sus obras en Alemania, en Inglaterra, en Portugal ó en Italia, no le han hecho mella; en Francia se ha extendido la vejación á su persona en términos que á veces excedieron las conveniencias, y tampoco se dió jamás por percatado; parece que únicamente las observaciones, por leves que sean, hechas en esta región le escuecen, y eso si tocan á cuestión determinada, que en otro modo ni le afecta la extensión ni el fundamento (1). Claro es que la condición de académico agrava la penalidad de los que incurren en el delito de entrar en el terreno que por su autoridad está acotado; por ello, contra académicos fulmina los rayos de ordinario, sin que pueda tomarse por excepción la sacudida á un literato residente fuera de Madrid, toda vez que se dió la satisfacción de motejarle con el título, en escrito de la especie que por acá llamamos libelos (2).

Va disminuyendo, sin embargo, la acometividad; en aquella biliosa *opera minora* había dicho:

«Españoles no sois, pues sois *negados*.»

Ahora, aunque se reserve la intención, escribe:

«Pregúntase qué relación existe entre la crítica justificada que se hace de cierta categoría de sabios y la idea que el historiador tenga de una nación. En mi juicio, no hay pueblo que posea mayores virtudes, ni patriotismo, ni dignidad que excedan al del carácter de los españoles.»

Muchas gracias.

Aun en lo académico, aparte tal cual epigrama de costumbre, no descarga ya tampoco los espesos nublados que levantaban los miembros dispersos, modificación quizá debida

(1) Ejemplo el opúsculo de D. Luis Vidart titulado *La ciencia de Pinheiro Chagas y la arrogancia del Sr. Harrisse*, Madrid, 1893.

(2) Harrisse. *Un historien espagnol de Christophe Colomb. Revue critique d'histoire et de littérature.* París, sept.—oct., 1892.

á la asesoría del pájaro pinto, que ve más lejos que el tropical. Acredítalo la investigación que ha hecho de los que compusieron la Comisión encargada de reunir materiales para la bibliografía anatematizada. Por cierto que si la noticia ha de ser instructiva entre europeos, provechosa y regocijada resulta para nosotros, y no resisto á la tentación de vulgarizarla. Discurre el Sr. HARRISE:

«Compusieron la Comisión D. Eduardo Saavedra, especie de arabizante, más bien ingeniero de caminos y puentes; D. Juan de la Rada y Delgado, que ha dado á luz artículos de arquitectura y una pieza teatral sobre Cristóbal Colón; D. Marcelino Menéndez y Pelayo, autor de muchos trabajos de literatura antigua hechos con demasiada rapidez, pero á todo correr uno de los cuatro hombres de valer de esta Academia; D. Antonio M. Fabié, que se pavonea con una biografía de Las Casas, medianeja paráfrasis de Quintana, al decir de las personas versadas en la materia, porque el informado no conoce de los esfuerzos literarios ó científicos de este escritor más que tres artículos de revista, lucubraciones en que la ignorancia del asunto corre parejas con la puerilidad del razonamiento. Por último, un biógrafo y bibliógrafo consumado, D. Cesáreo Fernández Duro.

«En viaje al extranjero se sorprendió este académico con la noticia de un *escolar* español aparecido en Francia en 1445. Sin pérdida de tiempo informó al Cuerpo de su descubrimiento, y los colegas sabios, tras profunda meditación, acabaron por identificar á Fernando de Córdova con Fernando del Pulgar!!

«Otra vez, sospechando la Academia que España carecía de diccionario biográfico de sus grandes hombres, pensó convocar á los eruditos para hacerlo; encargó la traducción del pensamiento á la maestría del Capitán Duro, y eligiendo el delegado á D. Juan de Austria, figura nada dificultosa, formó plantilla maravillosa por los disparates.»

«Convengamos en que, como bibliógrafo de la precisión, crítico de seso é historiador de marca, el Sr. HARRISE no está del todo mal informado de las cosas y de los hombres de España.

Relativamente á la Academia de la Historia, aparte los resabios, ha ganado mucho el Cuerpo en la opinión del colombista erudito, pues que le adjudica cuatro hombres de mérito entre los veinticuatro que al presente cuenta—no es grano de anís,—siendo los tres que faltan, citados en nota, M. Hinojosa, que se ocupa de derecho y de epigrafía; el P. Fita, autor de buenos trabajos de historia de la Edad Media, y M. Codera, especialidad en numismática árabe.

De los académicos de la Comisión bibliográfica, á quienes hubiera concretado la responsabilidad un censor de buen sentido, dos comparten el afecto inextinguible de Mr. Harrisse, el Sr. Fabié y el que suscribe, por causas que diré, ya que las calla.

El Sr. Fabié ha estudiado algunos puntos oscuros de la vida de Colón, atrevimiento imperdonable á los ojos del genuino biógrafo, que es el Sr. Harrisse. El Conde Roselly, que le conoce tanto como á su ciencia, lo tiene dicho (1). Colón pertenece por entero á Harrisse; cualquiera que se ocupe de sus cosas lastima, hiere y agravia al autor de la *Bibliotheca Americana Vetustissima*. Por mayor ofensa no se ha conformado el Sr. Fabié con las opiniones del bibliotecario; las ha discutido, las ha tachado con justificación y—esto es gravísimo—tratando de los errores más notables en la crítica del americano mixto de francés, ha propalado una contradicción flagrante, origen de comentarios nada ejemplares por parte de otro escritor parisiense (2). Por último, estrechado y sentido, se creyó, en el caso de estampar *que es Mr. Harrisse caso patológico digno de la atención de los alienistas*.

El Capitán de navío Duro ha elogiado frecuentemente con justicia y oportunidad las investigaciones y tareas literarias del maestro; le ha defendido de ataques apasionados; ha puesto en relieve lo que la historia colombina le debe, sin dejar por ello inadvertidos los errores de apreciación del escritor y del crítico. Lo que atañe á Fernando de Córdova, á Fernando del Pulgar y á D. Juan de Austria importanada al endiosado

(1) Roselly de Lorgues, *Histoire posthume de Christophe Colomb*.—París, 1885.

(2) Mr. León Bloy, *Christophe Colomb devant les taureaux*.—París, 1890.

colombista; cítalos por decir algo; porque se lo insinuó el asesor del meñique prodigioso, debiendo entenderse la censura íntegra y el tiro de rebote á la Academia, discurso de don Domingo Rostrituerto. ¿Cómo, si no, se escapara al sagaz rebuscador de puntos y comas la advertencia siempre repetida, por ser de estatuto: «En las obras que la Academia adopte y publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones; el Cuerpo lo será solamente de que las obras sean acreedoras á la luz pública?»

Debió, sabiéndolo, descargar sobre mí sólo el granizo de su buen humor excepcional, en lo que al cordovés y al hijo de Carlos V toca, dejándome todavía muy reconocido. Sin hueso sano había de quedar si con cariño parecido al que le guió en el análisis del libro disecado embistiera uno por uno con los pobres míos: solamente con las erratas, en corrección de las que no he puesto nunca diligencia grande, por no estimarlas en cosa propia de la trascendencia que pudieran tener en tablas de paralaje ó de logaritmos; solamente con apuntar letras ó palabras cambiadas, digo, tendía para rato. De otras deficiencias no me toca hablar; mas no me sorprendiera si las encontraba en número superior al del registro de errores harrissianos que afirmó el Sr. Perogallo, con ser tan grueso el volumen (1).

Obligado también le estoy viendo en el índice de personas mencionadas en la *Opera minora* doce veces repetido mi nombre, una más que el del Sr. Fabié, muchas sobre los otros, sin más excepción que el del Sr. Harrisse, á quien diez y ocho vegadas alaba el autor de la *Biblioteca Americana Vetustissima*. Guarda secreta la razón del agasajo; mi gratitud, repito, la hace saber: no es otra que la de haber considerado á Colón figura de la historia, de haber estudiado con algún detenimiento sus condiciones y vicisitudes de mareante, de haber hallado, por casualidad, tal cual papel escondido, con minucias, insignificancias, no expuestas por el colombista omnisciente.

(1) *Cristoforo Colombo e la sua famiglia. Rivista generale degli errori di signor Harrisse*. Lisboa, 1888.—Item, D. Luis Vidart *Los aciertos del Sr. Pinheiro y los errores del Sr. Harrisse, Apuntes críticos*. Madrid, 1893.

Todavía doy testimonio público de mi parte de agradecimiento, en junto con aquellos españoles, académicos ó no académicos, á quienes ilustra bondadosamente con lecciones gratuitas. Anteriormente tenía yo de las ciencias ideas anticuadas, atendido al árbol insuficiente de Bacon, á las tentativas de clasificación de Bentham y á los ensayos de nuestro D. Melitón Martín, de buena memoria. Pertenece á nación pobre y obscura; gracias á que en literatura separen nuestros catedráticos á los críticos, enseñándonos que los hay de cuarta clase, y que en historia natural sepamos distinguir del hombre á los animales que responden al halago con arañazos ó coces, según la especie y género. Pero de hoy más, gracias al mentor generoso, sé cuál es la verdadera ciencia de la precisión y de la exactitud: la ciencia del siglo XIX, la ciencia para cuya historia esplendente toma notas el constructor de la *Biblioteca Americana Vetus-tissima*, esto es, del monumento del siglo mismo.

¿Hásele visto sillar defectuoso?

La famosa *Bibliotheca* ilumina á la historia general, en la página 317, con la semblanza de Francisco Pizarro, «el más cruel de los rapaces aventureros que hicieron para siempre odioso el nombre de España; que asolaron, diezmaron é inundaron de sangre el nuevo continente... asesinado EN EL CUZCO». En la página 320 cita á

NICHOLAS ALBERINO, *Verdadera relación...*

Vuelve á anotar en la página 436:

ALBERINO (N. DE), *Verdadera y copiosa relación de...*

Con lo cual, ya instruído el bibliotecario, corrige en la página 465:

*Verdadera y copiosa relacion: * todo lo nueuamente suscedido en los Reynos y provincia del peru dende la yda a ellos del Virey Blasco nuñez vela hasta el desbarato y muerte de Gonzalo piçarro: segu q lo vio y escrivio Nicolao de Albenino (sic) * Florentin al beneficiado Fernã ruarez * vecino de Seuilla: dirigida al excelente Señor dō Luys christoual ponce de leō duque de Arcos Marques de Zahara conde de la sarez * alcalde mayor de Seuilla, señor de la villa de Marchena, etc.*

En este solo título hay cuatro yerros, marcados con los asteriscos. Pedir más fuera gollería, porque la corrección del apellido Albenino vale en realidad por dos. El autor de la relación, minero inteligente y rico, que sirvió cargos municipales y cuyo nombre conserva un socavón en Potosí, firmaba *d'Al Venino*.

¿En cuánto se apreciará la noticia de haber sido asesinado Pizarro en el Cuzco?

Boberías. ¿No tiene imperfecciones la gran pirámide de Egipto, con ser obra más que humana, si aceptamos la revelación de Piazzzi Smyth? Queremos suponer que no encontrará un Argos otra peca y que es ésta como el lunar en la mejilla de una hermosa. Tranquilícese el vengador de la ciencia atropellada; si un académico perulero ha visto por azar el talón no mojado en las aguas estigias, ni él ni sus colegas se dedican al socorrido oficio de rebuscar motas en el ojo ajeno, y seguirá pasando por invulnerable la escrupulosidad harrissiana, sean cuántos sean los gazapillos escurridos. Nada perderá su excelsitud; nada su fama.

Ahora más, por la *ópera minora*, ha de juzgarle la opinión corrector de imprenta inestimable, apto para catalogar con singular exactitud la más copiosa colección de timbres de correo y aun para empresas de mayor empeño. Siga por ello creyéndose *factotum* y predicando ante la faz del mundo su valer; á todo evento, alguien acaso diga para su capote: «Mirad, buen señor, que las Academias no son gigantes braci-luengos, sino simples molinos impulsados por la inteligencia;» los académicos españoles tolerantes, á falta de sabiduría, enfrenarán la risa con la compasión, pensando: «Lástima que hombre de tan buen ingenio se dispare en oyendo hablar de libros de caballería.»

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.



LOS MAESTROS CANTORES DE NUREMBERG

COMEDIA LIRICA EN TRES ACTOS DE R. WAGNER

LOS PRECURSORES

Como anteriormente he dicho, la gestación de *Los maestros cantores* comprende un período de más de veinte años. Poco, sin embargo, se conoce acerca de la concepción original y de la forma primitiva de la comedia, puesto que los primeros esbozos de la obra no se han publicado todavía, pero parece seguro que sufrió muchas y repetidas modificaciones.

En su famoso escrito *Comunicación á mis amigos*, Wagner presenta la fábula dramática de esta obra con algunas ligeras variantes—que no vale la pena referir aquí,—excepción hecha de una que modificaba un tanto el carácter del protagonista. En dicho primer boceto, la solución de la comedia se fundamentaba en una intriga: el mismo Sachs entrega á Beckmesser una poesía del joven Walther, diciéndole ignora quién sea su autor, con objeto de tender un lazo al pedante escribano, que no vacilará lo más mínimo en atribuirse la paternidad de la obra. Pero más adelante, comprendiendo Wagner que tal malicia no era consecuente con el carácter noble y generoso de

Sachs, y que esto hacía que el drama se desarrollase, no según el natural desenvolvimiento de los caracteres, sino por un expediente superficial y externo, introdujo la modificación que hoy es la clave de la comedia. Beckmesser sospecha y teme que Sachs sea un pretendiente á la mano de Eva; deseoso de indagar algo, se introduce en la casa del zapatero la misma mañana del día del concurso; revuelve la mesa de trabajo y encuentra una poesía recién escrita. Indudablemente es el canto que Sachs ha preparado para la lucha... ¡traidor zapatero!... y el manuscrito desaparece en su bolsillo. Pero Sachs lo ha visto todo, y le dice sonriéndose con malicia: «Á fin de que nadie pueda hablar mal de usted, puesto que desea esa poesía, yo se la regalo; así ninguno podrá llamarle ladrón.» Con tal recurso, Wagner obtenía una doble ventaja; prescindía de la intriga, y hallaba definitivamente el carácter de Beckmesser, que en su ciega manía de triunfar y obtener el premio en el concurso, no vacila en descender hasta el último grado de la abyección, llegando hasta robar.

Este modo de anudar la trama tenía un defecto muy grave, y es que no era completamente original.

Durante su larga estancia en París, Wagner, que frecuentaba los teatros de ópera y que se hallaba al acecho de todas las novedades, no sólo como curioso á quien todas las manifestaciones artísticas interesan, sino como periodista que tiene que tomar notas para sus artículos, pudo asistir al estreno, ó al menos leer la crítica publicada al día siguiente por la *Revue et Gazette Musicale de Paris*, de una ópera cómica en un acto titulada *L'élève de Presbourg*, letra de Vial y de Muret, música de un compositor llamado Luce, que se ejecutó por primera vez en el Teatro de la Ópera Cómica de París, el día 24 de Abril de 1840.

Si Wagner no asistió al estreno, es casi seguro que leyó la crítica en que Enrique Blanchard analizaba de un modo muy completo la nueva obra, y que fué publicada al día siguiente del estreno en el periódico ya citado, dirigido á la sazón por Mauricio Schlessinger, y en el cual había entrado como redactor aquel mismo año, gracias á la recomendación de Meyerbeer. Indudablemente hay que admitir que el músico ale-

mán tuvo conocimiento ó de la obra ó de la crítica, porque la analogía entre aquel argumento y el de *Los maestros cantores* es tan evidente y tan extraña, que vale la pena de ser estudiada. Quién sabe si aquélla fué la semilla que hizo brotar en el cerebro del maestro la idea de su futura obra.

Los autores del libreto de *L'élève de Presbourg* eran literatos distinguidos. Uno de ellos, Vial, tenía gran reputación como libretista, y entre sus obras se citaba el texto de *Alina reina de Golconda* (1), la célebre ópera cómica que aún es el principal título de gloria de Berton (2). El otro, Teodoro Muret también había compuesto varias obras dramáticas, pero su más importante trabajo es su curiosa *Histoire par le théâtre*. Respecto al músico, su verdadero nombre era Luce Varlet y sus biógrafos nos dicen que era violinista y compositor, que había nacido en Douai, el 13 de Diciembre de 1781, y que murió en aquella ciudad en 1856. En ella fundó una sociedad de conciertos, dando á conocer en tales sesiones casi todas sus obras, que son numerosas. Efectivamente Luce ha escrito mucho, música instrumental y vocal, oberturas, cantatas, coros, uno de los cuales, titulado *Hymne à l'humanité*, fué publicado en París, y por fin varias óperas, todas representadas en Douai, excepción hecha de dos: *L'élève de Presbourg*, de la que ya me he ocupado, que también fué impresa en París por Lemoine, y *Le maestro ou la renommée*, cantada en Versailles en 1850, y escrita sobre un libro, en dos actos, de L. Esguillou. La primera se estrenó en la Ópera Cómica de París, gracias á la influencia de Mr. Martín, entonces Ministro y Vicepresidente de la Cámara de Diputados, á quien estaba dedicada la partitura. El pobre Luce, á pesar del éxito de su obra, que le valió la cruz de la Legión de honor, no ocupará nunca un gran lugar en la

(1) *Alina reina de Golconda*, ópera cómica en tres actos, letra de Vial y Favieres, música de Berton, estrenada en el Teatro de la Ópera Cómica de París, el 2 de Septiembre de 1802. La obra obtuvo mucho éxito y se hizo muy popular. El libreto ha inspirado á muchos compositores, entre los que pueden citarse Donizetti, Boieldieu, Monsigny y Schulz.

(2) Berton (Enrique Montan), célebre músico francés nacido en París en 1767, fallecido en la misma ciudad en 1844. Sus principales obras á más de la citada son *Montano et Stephanie* (1799) y *Le délire* (1799), cuyo libreto fué traducido al castellano por Comella, siendo representada en esta forma muchas veces en España, en los primeros años de este siglo.

historia del arte, y hoy estaría completamente olvidado á no ser por la curiosa coincidencia que voy á estudiar.

Veamos, ante todo, cómo se desarrolla la intriga de esta obrita. *Presbourg* no es el nombre de ningún maestro, como se creería á la simple lectura del título, sino la denominación de una ciudad de Hungría; el discípulo de que se trata es nada menos que el célebre Haydn. Esto demuestra que el título de la obra no es más que un disparate gramatical, como observó al hacer la reseña de la representación el ingenioso Teófilo Gauthier. El futuro autor de *Las estaciones* acaba de llegar de Presburgo á Viena, y se ha enamorado de la hija de Kreisler, el maestro de capilla del emperador. Para evitar la miseria que le acecha, se ve precisado á vender sus composiciones como papel al peso; y cierta cantata en que el joven artista, fundaba sus esperanzas, y que ha formado parte del montón, cae en manos de un músico italiano, compositor mediano, pretencioso é intrigante, llamado Rondonelli, quien no vacila en apropiársela; y comprendiendo todo el partido que puede sacar de ella, la hace ejecutar ante el emperador, como si fuera obra suya, esperando que el éxito obtenido le haga conseguir la mano de Mina, la hija del maestro de capilla, á quien también ama, pero sin ser correspondido. En el desenlace todo se explica: el intrigante queda confundido, puesto que Haydn se hace reconocer como el verdadero autor de la cantata, y logra casarse con su prometida. Este libreto, bastante entretenido, estaba á su vez sacado de un cuento en verso de Mennechet.

Como se verá desde luego, este argumento se asemeja mucho á la idea primordial de *Los maestros cantores*, pero aún hemos de encontrar analogías más directas, no ya entre ambas tramas, sino en los conceptos y hasta en los caracteres de los personajes.

La música, escrita por Luce, fué apreciada por la crítica de muy diversos modos, siendo generalmente juzgada como anticuada.

En aquel tiempo dominaban en Francia Rossini y Meyerbeer, y no es extraño que una obra concebida en los moldes de la antigua ópera cómica francesa pareciese demodada. La par-

titura consta de siete números, precedidos de una pequeña obertura en que se hace notar un bonito canto dicho por los violoncellos. Los demás trozos son: 1.º, una canción de Rondonelli (B. bf.), bastante insignificante; 2.º, un aria de Mina (S.), que recuerda ciertas barcarolas de Herold ó de Auber; 3.º, un dúo entre Rondonelli y Haydn (T.), escrito con brío, que es lo mejor de la obra y lo que presenta mayor parecido con *Los maestros cantores*, y por esto ha de fijar nuestra atención más adelante; 4.º, una invocación de Haydn á la Musa, que fué muy aplaudida en su tiempo; 5.º, un cuarteto bastante bien escrito; 6.º, un bonito dúo entre Haydn y Mina, interrumpido por un coro cantado entre bastidores, en el cual Haydn reconoce su obra; y 7.º, un corto final. Todo esto constituye una obrita cuyo valor es insignificante á pesar de estar escrita con corrección, facilidad y elegancia, que, gracias á la perfecta interpretación que tuvo, logró ser aplaudida y representarse buen número de veces. El célebre tenor Roger y el bajo bufo Grignon hicieron dos creaciones de los tipos de Rondonelli y Haydn, y en el dúo que cantaban es donde se encuentran expuestas algunas de las ideas desarrolladas por Wagner posteriormente.

Desde luego comprenderá el lector que el parecido existe únicamente entre los poemas, que la música no se asemeja ni podía asemejarse en modo alguno. Leyendo la citada escena, el recuerdo de *Los maestros cantores de Nuremberg* se impone, la analogía es precisa. Haydn no tiene como Walther la indecisión del genio que se ignora, sabe lo que puede y lo que quiere. Pero aquel tipo del intrigante clásico italiano, con sus manos cubiertas de sortijas, sus encajes y su casaquín encarnado, Rondonelli, tiene más de un rasgo común con Beckmesser. Como él, sabe música, y pretende saberla mejor que su rival; de modo que lo trata con sumo desprecio, interrogándole y haciéndole pasar una especie de examen, lo mismo que ocurre á Walther. Comienza preguntando así:

Voyon, je veux juger un peu,
mon ami, de votre science.

Y como Haydn le contesta modestamente:

Je suis bien loin, y' en fais l'aveu,
de posséder votre science.

Rondonelli continúa, primero aparte:

Combien je vais rire!
Car le peuvre sire
ne m'entendras pas.

Y después, alto:

Or ça, mon cher,
que l'on m'écoute!
Il est un air

que vous connaissez sans doute.

Mon chef d'œuvre, en un mot: c'est vous en dire assez.

Lui seul, il réunit l'exemple difficile

et des règles et du bon style:

et nous verrons si vous les connaissez.

Al oiresto, ¿no parece que escuchamos hablar á Beckmesser de las *Leges Tabulaturæ*, y no apercibimos entre las manos de Rondonelli la pizarra en que se anotarán las faltas del cantante? Además, el pedante entona su aria, y las correcciones de Haydn provocan su impaciencia y su cólera. Por último, se enfurece, como Beckmesser al terminar el primer acto de *Los maestros cantores*, y se aleja repitiendo:

S'attaquer à mon génie!
Critiquer mon harmonie!
A cette audace infinie
je ne pardonnerai pas.

Resultando la música quien ha encendido la tea de la discordia entre ambos rivales. En cuanto al *Preislied*, ó sea el canto de concurso de Walther, no existe, propiamente hablando; pero no obstante, podría citarse en cuanto á esto la gran aria de Haydn que sigue al dúo mencionado; Walther invoca la naturaleza y el amor; Haydn invoca la melodía; en ambas obras nacen idénticamente, después del conflicto brutal de los dos intereses, la aspiración hacia el ideal, la evocación del sueño, la esplendorosa libertad del genio.

Ciertamente que entre *L'élève de Presbourg* y *Los maestros cantores de Nuremberg* existe el abismo que separa un juguete de una obra maestra. Pero, sin embargo, la curiosa analogía descubierta por los Sres. Soubiés y Malherbe (1) tiene su importancia. Nada de lo concerniente á la vida y á los hechos de los grandes hombres puede ser indiferente, y la génesis de sus obras debe estudiarse en todos sus detalles y en todas sus fuentes. No hay que creer tampoco que existe el menor plagio; lo que podemos suponer es que una idea vaga de esta obrita flotaba en el espíritu de Wagner cuando compuso su trabajo. Quizás entonces recordara, sin precisar el origen, aquella rivalidad de los dos artistas, variante ingeniosa de la antigua fábula del pájaro adornado con plumas ajenas. Esto importa bien poco; y por mi parte, no doy gran valor al recuerdo que Wagner conservase de la composición de Luce; la trama que le ha servido de base para *Los maestros cantores* no necesitaba mucho talento de invención, y con mucha facilidad podría concebirla cualquiera. Se ha dicho: «En arte, el asesinato disculpa el robo.» Wagner no ha tenido ni este trabajo. *L'élève de Presbourg* había muerto de la manera más natural del mundo.

Los maestros cantores están inspirados en otras fuentes; tienen sus precursores en el arte, y si la ópera cómico-francesa pudo suministrar el fondo de la intriga, dos obras alemanas facilitaron los personajes y el marco del cuadro. El autor de *Lohengrin* no ha sido el primero que ha llevado á la escena la figura de Hans Sachs. Anteriores á su obra había otras que le tenían por héroe y llevaban por nombre el del famoso poeta zapatero de los albores del renacimiento. Una ópera, entre ellas, representada en Leipzig hacia 1836, puesta en música por Lortzing (2), músico notable de la escuela romántica, continuador de Weber, y autor de esas dos deliciosas óperas

(1) *Mélanges sur Richard Wagner*.—Soubiés et Malherbe.—París.

(2) Lortzing (Alberto), 1790 á 1860.—Célebre compositor alemán de la escuela romántica que, unido á Maschner, son los mejores continuadores de Weber. Su ópera *Undine*—estrenada en Franckfort en 1847 y escrita sobre el cuento de Lamotte, Fouqué se ejecuta aún con mucho éxito en los teatros alemanes, siendo considerada como uno de los modelos del género. Lortzing escribió también muchas obras bufas, entre las que se cita su *Hans Sachs*.

cómicas que se llaman *Undine* y *Czar und Zimmermann* cuyo libro, escrito por el poeta de Leipzig, Reger, está fundado en un drama del vienés Deinhardtstein. Tampoco es la música de Lortzing la que ha influído en la obra de Wagner, pero la comparación entre ambos poemas debe hacerse, seguros de que encontraremos más de algún parecido entre ellos.

Siguiendo el orden cronológico, estudiemos en primer lugar la obra del poeta austriaco. Este drama, escrito en verso, tiene cuatro actos, y fué representado por primera vez el 4 de Octubre de 1817, en Viena. Debió obtener mucho éxito, y hasta parecer notable á los aficionados y críticos de la época, puesto que Goethe, el gran Goethe, no desdeñó componer un prólogo para su estreno en el *Schauspielhaus* de Berlín el 11 de Febrero de 1828. Á esta circunstancia especial debe la obra de Deinhardtstein el no haber caído en el olvido más completo.

El prólogo de Goethe ponía en escena á un maestro cantor que venía á explicar al público los cambios sufridos por la humanidad desde el año 1500, y trazaba rápidamente un cuadro del estado de la sociedad alemana en aquella época, al par que analizaba sus aspiraciones artísticas. El actor suplicaba al público que se interesase por aquel pasado que el drama de Deinhardtstein iba á presentar ante sus ojos y lo comparaba con el presente, haciendo notar la inmensa diferencia que existía entre ambos tiempos. El trozo terminaba con el hermoso poema sobre la *Misión poética de Hans Sachs*, una de las mejores composiciones del autor de *Fausto*. Este prólogo se imprimió y se distribuyó á los asistentes á la representación, siendo hoy una verdadera curiosidad bibliográfica (1).

Sabiendo estos detalles, es muy natural que se sientan deseos de conocer una obra para la cual Goethe escribió un prólogo; pero debo confesar que esta curiosidad no obtiene recompensa alguna. Un corto resumen del argumento hará comprender mejor que nada la bonalidad de la obra.

(1) Esta composición de Goethe es tan rara que, aparte la edición de Berlín de 1828 (13 páginas en 4.º), que fué la que se distribuyó en el teatro, sólo ha sido publicada en la edición completa de sus obras hecha por von Loeper, y al comienzo del *Hans Sachs*, de Deinhardtstein, en la colección de las obras completas de este poeta (Leipzig 1853).

El drama comienza con un monólogo de Sachs. El poeta zapatero—nótese bien esta primera divergencia con el poema wagneriano—es aún joven, y desde el primer momento nos confía el secreto de su corazón; está enamorado, ama á *Cunegunda*, la hija del rico platero de Nuremberg *Maese Esteban*. La muchacha le corresponde, pero el padre se opone todo lo posible á este amor. *Maese Esteban* es un burgués testarudo, vanidoso, orgulloso de las riquezas que ha obtenido con su trabajo, y no quiere oír hablar del matrimonio de su hija con un simple artesano, un zapatero. Todo esto nos lo cuenta Sachs en una larga escena, donde se nos muestra bajo el doble aspecto de enamorado ardiente y apasionado, y de hombre trabajador, concienzudo y honrado. En su casa se presenta un joven consejero de la ciudad de *Hamburgo*, tipo de enamorado ridículo, pretendiente á la mano de *Cunegunda* y preferido por *Maese Esteban*, que le ha prometido la mano de su hija. Este rival de Sachs, que se llama *Eoban Kunge*, llega en el momento oportuno para sorprender una cita entre los amantes, y hace huir á la novia, lo cual da lugar á una escena llena de vida, en la que ambos contrincantes se critican agriamente. Hé aquí el primer acto.

Durante el segundo, el ridículo *Eoban Kunge* necesita un par de zapatos y se entera que el novio de su amada es justamente zapatero. Este descubrimiento le llena de júbilo, puesto que le da facilidades para intrigar cerca de *Maese Esteban* y de su hija en contra del artesano poeta. Lo hace tan bien, que consigue que la joven le prometa casarse con él si le demuestra que *Hans Sachs* no es más que un vulgar zapatero. *Cunegunda* trata en seguida de convencer á su novio para que deje el oficio, pero esta tentativa no da ningún resultado, produciendo únicamente un rompimiento entre ambos amantes. *Hans Sachs*, desesperado, se destierra voluntariamente de su ciudad natal.

En el camino se encuentra con el emperador Maximiliano, que hace mucho tiempo le conoce y aprecia como poeta, habiéndole colmado de favores. Pero como el emperador viaja disfrazado, Sachs, que no le ha conocido, se ofrece á servirle de guía y á conducirle á Nuremberg. Mientras tanto, *Maese*

Esteban ha conseguido ser nombrado burgomaestre de la ciudad imperial. Debe su nombramiento á las influencias de Eoban Kunge, y como prueba de agradecimiento le impone como marido á su hija. Ésta, cuyo verdadero amor hacia Sachs se ha aumentado con la ausencia, se opone tenazmente. El emperador Maximiliano y su guía se presentan en el momento preciso en que la joven lucha en vano contra un padre que quiere casarla á la fuerza y un amante á quien no solamente no ama, sino á quien aborrece. Sachs sale á la defensa de Cunegunda, y á pesar de las reiteradas órdenes de Macse Esteban, que se vale de su autoridad de burgomaestre, rehusa obedecer al primer magistrado municipal. El conflicto es grave.

Pero el bueno del emperador todo lo ha visto y lo ha oído todo. En el cuarto acto desenlaza la situación perdonando á Sachs é indultándole de la pena en que ha incurrido por su desobediencia al burgomaestre. Intercede también en favor de los amantes, y todo se arregla. Las pretensiones de Eoban Kunge quedan burladas, Cunegunda cae en brazos de Sachs, y ambos reciben con general satisfacción la doble bendición paterna é imperial.

Tal es en pocas palabras el análisis de esta comedia insípida, cuya trama se diría haber sido inventada por algún escritor de fines del siglo pasado. No falta ni uno solo entre los conocidos recursos del viejo drama burgués: la muchacha, que se halla entre dos rivales que se la disputan, uno simpático, á quien naturalmente ama, otro ridículo, á quien odia; un padre que tiene todos los defectos necesarios para hacer á su hija desgraciada; todo, hasta un emperador que viaja de incógnito y que interviene como el *Deus ex machina* en el momento psicológico. No conseguiría uno explicarse el éxito de esta vulgar concepción y la atención con que la distinguió Goethe, si no se encontraran en ella versos notables y algunos pasajes llenos del sentimentalismo que reinaba sobre el gusto literario de aquella época. El conjunto, á pesar de esto, es completamente falso; no hay una sola peripecia en el drama que no se produzca artificialmente, y en cuanto al carácter de los personajes, es tan superficial como lo demás. ¡Qué diferencia tan

grande existe entre este drama *Hans Sachs* y las escenas tan llenas de color que se desarrollan en el libro de *Los maestros cantores*! ¡Cuán desprovista de interés parece aquella intriga pesada y laboriosa, puesta al lado de la sencilla y clara historia que sirve de fundamento á la comedia wagneriana!

Sin embargo, en el drama de Deinhardtstein hay dos rasgos que se encuentran igualmente en Wagner: uno es la alusión que Sachs hace de un sueño que ha tenido, en el cual ha visto á la musa de la poesía dirigirse hacia él y coronarle de flores; la idea madre de este trozo parece ser tomada del poema de Goethe sobre la *Misión poética de Hans Sachs*, y ha inspirado indudablemente la escena entre el zapatero y Walther, y la canción de éste (*Preislied*) en el tercer cuadro de los *Los maestros cantores*; el otro es un aspecto del carácter del protagonista Sachs, en quien Deinhardtstein, lo mismo que Wagner después, nos presenta á un verdadero artista independiente y orgulloso, que no aprecia en mucho las doctrinas poéticas de los maestros cantores ni las leyes tabularias.

Con la obra de Lortzing nos adelantamos visiblemente hacia la concepción del poeta moderno. En la antigua ópera de *Hans Sachs* hay algo más juvenil y fresco, y sobre todo una marcada tendencia á dar mayor naturalidad al desenvolvimiento de las pasiones, condiciones que faltaban por completo en la obra estudiada. Pero aunque el libreto está sacado del drama del poeta vienés, se diferencia de él bastante, y tiene un interés particularísimo en este trabajo, porque encierra más de una situación y más de un detalle que han sido utilizados indudablemente por el autor de *Los maestros cantores*.

El autor del libreto puesto en música por Lortzing, el poeta de Leipzig Federico Reger, siguiendo el ejemplo dado por Deinhardtstein, ha hecho de Sachs un hombre todavía joven. El poeta zapatero, en su comedia, es también el primer galán; ama á Cunegunda, la hija del maestro joyero de Nuremberg, Esteban, y tiene por rival, exactamente lo mismo que en el drama del escritor austriaco, á un grotesco y ridículo consejero de la ciudad de Augsburgo, que aquí se llama Eoban Hesse.

La trama se desarrolla también de un modo casi idéntico.

Cunegunda ama á Sachs y no quiere en modo alguno al consejero de Augsburgo, que su padre le impone como esposo, siendo el emperador Maximiliano quien al final de la obra lo arregla todo favoreciendo á Sachs. Solamente el nudo de la intriga es distinto: Eoban Hesse, el rival de Sachs en amores, lo es al mismo tiempo en poesía, y ha venido á Nuremberg con el objeto de presentarse á un concurso; hacerse admitir como maestro cantor, y obtiene la mano de la muchacha, premio ofrecido al vencedor. La analogía con *Los maestros cantores* es aquí evidente.

Efectivamente, en el segundo acto de la obra de Reger, Eoban Hesse es recibido en la corporación de los maestros cantores con preferencia á Sachs, con quien ha concurrido y á quien, á pesar de que el pueblo le ha aclamado como poeta, los maestros han negado el premio. Esta derrota de su amado no impide que la joven odie al consejero y rechace todo lo posible el matrimonio que quieren imponerle. Lo mismo que en el drama de Deinhardtstein, Hans Sachs y Cunegunda se dan una cita en la pradera que hay en las puertas de Nuremberg; allí son sorprendidos por Esteban el platero y Eoban Hesse; se promueve entre los tres hombres una discusión en la que Sachs insulta á su rival, siendo esto la causa de que se le destierre. Pero este destierro se indulta poco después, gracias á la intervención del emperador Maximiliano.

Pero hé aquí una circunstancia todavía más característica y notable: toda la intriga gira alrededor de un trozo de poesía compuesto por Hans Sachs, cuyo manuscrito le ha sido robado en el primer acto por su aprendiz, el joven Gøerg, verdadero prototipo del David de *Los maestros cantores*. Este muchachuelo, deseoso de ver triunfar á su maestro en el concurso, no sabe qué inventar para poner en ridículo al consejero de Augsburgo.

Gøerg está enamorado (lo mismo que David lo está de Magdalena el ama de cría de Eva) de una criada de Cunegunda llamada Cordula, á quien entrega el poema que ha robado á Sachs, diciéndole que ha sido compuesto por él y escrito en honor de ella. Cordula, orgullosa, recita esta poesía en todas partes, leyéndosela á Eoban Hesse.

Por último, el emperador Maximiliano, que ha oído aquel poema, habiendo merecido fijar su atención, desea saber quién sea su autor. El aprendiz, temiendo el castigo de su maestro, no se atreve á decir que ha sido él, y esto produce la peripe-
cia principal. Maximiliano llama á los maestros cantores y abre un nuevo concurso para averiguar quién es el que ha escrito la poesía en cuestión. El joyero Esteban, obedeciendo á las indicaciones del emperador, declara que otorgará la mano de su hija al maestro que resulte ser autor de la obra de que se trata. Eoban Hesse, deseoso de vencer, se declara compositor de la poesía. Maximiliano ordena que la recite en su presencia.

El consejero se turba, pierde la memoria y dice el trozo completamente al revés (lo mismo que ocurre á Beckmesser con la canción de Walther), concluyendo por mezclarla con versos de una composición escrita por él sobre la muerte de Absalón y que le había servido para vencer en el concurso en que fué admitido como maestro. La escena es de gran efecto cómico; todos comprenden la superchería del consejero. Entonces el aprendiz Gœrg declara que aquella poesía es de su maestro y que él le había robado el manuscrito. Hans Sachs es traído á presencia del emperador, efectivamente recita su poesía, es perdonado y obtiene la mano de la bella Cunegunda, siendo aclamado por todos los circunstantes. Tal es el desenlace de la ópera de Lortzing.

A primera vista se nota que hay en esta obra muchos elementos que Wagner ha utilizado: primero, la idea de hacer de los dos rivales en amor, Sachs y el consejero de Augsburgo, dos rivales en poesía, como Beckmesser y Walther; y segundo, la idea del trozo de poesía robado á Sachs, que representa en la ópera de Lortzing un papel análogo al que desempeña en la comedia de Wagner el *Preislied*, robado á Walther por Beckmesser, y que en ambas obras sirve para producir un desenlace igualmente favorable para los amantes. Estos rasgos comunes son verdaderamente esenciales. Además, hay que fijarse en el parecido existente entre Gœrg el aprendiz y David, y Magdalena y Cordula, personajes secundarios. Por último, la obra de Wagner, lo mismo que la de Lortzing, ponen

en escena un concurso de canto ante la corporación de los maestros cantores.

Sobre este mismo argumento, modificado con algunas ligeras variantes, el compositor belga Armando Limnander (1) escribió otra ópera en dos actos que también pudo ser oída por Wagner. Se titula *El maestro cantor*, y se estrenó en la Grande Ópera de París el 18 de Octubre de 1853. El libreto, escrito por H. Trianon, tiene por situación principal el viaje del emperador Maximiliano á Nuremberg, pero no pone en escena el personaje de Sachs. Esta obra, que obtuvo bastante éxito, ha sido representada varias veces, sufriendo muchas transformaciones. En París, en 1856, cambió de título y se llamó *Maximilien á secas*; en Bruselas, en 1874, tuvo tres actos, y variado el lugar de la acción, se llamó *Maximilien à Franckfort*; por último, en Gante, en 1876, se representó en cuatro actos y bajo el nombre primitivo.

Hago cita de esta composición, lo mismo que de las dos siguientes, para hacer más completo mi trabajo, por más que no tengan ningún parecido con la obra de Wagner, siquiera sea con el argumento. Pero al mencionar una ópera en un acto llamada *El maestro cantor de Habsburgo*, estrenada en Praga cuando la coronación del emperador Leopoldo en 1792, cuya música fué compuesta por Weinlich, y otra ópera en dos actos titulada *El maestro cantor*, que dejó sin terminar el gran Schuberth (2); creo haber hecho la lista completa de todas las obras musicales en que la corporación celeberrima de Nuremberg ó alguno de sus miembros han sido llevados á la escena anteriormente á Wagner.

(1) Limnander (Armando), Gante, 1814 + París, 1892.—Compositor distinguido de la escuela francesa. Hizo representar varias obras, entre las que se citan *Les montenegrins*, París, 1849, y *Yvonne*, París, 1859. Su música es poco inspirada y se resiente de falta de originalidad. Esto justifica el olvido en que hoy se halla.

(2) Por más que todo el mundo conozca el inmortal Franz Schuberth por sus admirables *lieders*, también merecía ser más conocido por sus óperas, entre las que existen algunas obras maestras. Pueden citarse *La cruzada de las damas*, deliciosa ópera cómica cantada en 1861 en Franckfort, y *Alfonso y Estrella*, hermosa ópera romántica que se ejecutó en 1854 en Weimar bajo la dirección de Liszt. La mejor entre todas las obras dramáticas del autor de tan hermosas melodías es indudablemente el drama lírico *Fierabrás*, partitura verdaderamente extraordinaria, según aseguran los más eminentes críticos.

¿Tuvieron alguna influencia estas composiciones sobre el poema de *Los maestros cantores*? Yo creo que sí. Indudablemente, la ópera cómica de Luce, el drama de Deindhartstein y la ópera de Reger y Lortzing. Aquellos parecidos, aquellas analogías que he señalado, son demasiado notables y características para ser fortuitas. Evidentemente, Wagner ha conocido y se ha aprovechado de estas tres obras; y si *L'élève de Presbourg* se le podía haber olvidado al comenzar á escribir su comedia musical, las dos composiciones alemanas las tenía muy presentes, pues continuamente se representaban por aquellos tiempos en los teatros alemanes. Lo mismo en la una que en la otra Wagner ha recogido los elementos que le ha parecido conveniente usar en su comedia, pero los ha empleado á su manera, consiguiendo darles cierta originalidad. El tipo principalísimo de Hans Sachs tiene en *Los maestros cantores* un desarrollo completamente distinto y muchísima más importancia. Ya no es un enamorado de ópera cómica; es una fisonomía nueva en el teatro. El personaje está fuera de la trama; no obstante ser el elemento que lo concilia todo, viene á ocupar el puesto que llenaba en las obras anteriores el fantoche del emperador Maximiliano. Es que una feliz é ingeniosa variante ha resumido la acción: Sachs toma parte en ella únicamente por el interés que le inspira el caballero poeta. Aunque extraño á la intriga, siempre está mezclado á ella, y cuando produce la peripecia de donde nace el desenlace, éste se origina naturalmente y sin esfuerzo, y no de un modo artificioso. Lo que en la comedia de Lortzing es el punto de partida, es el punto de llegada en la comedia de Wagner. Por último, éste ha introducido en su ópera el elemento cómico y pintoresco, del cual sus predecesores no habían conseguido sacar ningún efecto; me refiero á los usos y costumbres tan característicos que tenían durante el siglo XVI los buenos burgueses de Nuremberg.

Para recoger estos detalles de época, Wagner recurrió á la obra que sobre la cofradía de los maestros cantores escribió Augusto Hagen, bajo el nombre de *Norica* (Nuremberg). En ella se hace una relación detallada y circunstanciada de un concurso de canto verificado en pleno siglo XVI en la igle-

sia de Santa Catalina de Nuremberg y ante la presencia del emperador Maximiliano. En este torneo artístico tomaron parte tres de los más acreditados maestros cantores de aquella época. Conrado Nachtigall, hojalatero, uno de los personajes que figuran en la obra de Wagner, que cantó de un modo tan maravilloso las alabanzas de la celeste Jerusalén, que el pueblo prorrumpió en aplausos entusiastas, no faltando quien asegurase que verdaderamente merecía el nombre de ruseñor que llevaba. Siguióle el turno á Fritz Kothner, panadero, á quien también hace salir el moderno autor alemán á escena, y que eligió por tema de su improvisación la creación del mundo; pero parece que lo hizo bastante mal, tanto que el marcador le mandó retirarse. Mucho debió adelantar desde entonces, cuando Wagner nos lo presenta como jefe y presidente de la corporación. Después cantó Leonardo Nunnembeck, el maestro de Hans Sachs. Su canción tenía por asunto el Apocalipsis, y le cantó en el tono inventado por el célebre Naglebuth, muy apreciado entonces. Nunnembeck fué quien ganó el premio, en medio de las alabanzas de sus discípulos y comprofesores. También tomó parte en este certamen un jovea bohemio llamado Miguel Behaim, que había viajado mucho y era muy versado en el arte. Espíritu abierto á ideales más avanzados, rompió abiertamente contra las reglas de los maestros, y su canción versó sobre un tema profano. Su estilo era tan nuevo que no se asemejaba á ningún otro, ni pertenecía á ninguna escuela. Á pesar de esto, la corporación otorgóle el premio de ser coronado de flores por una de las muchachas que asistieron á la fiesta.

Esta verídica relación demuestra que la asociación de los maestros cantores no era tan rutinaria y retrógrada como Wagner ha querido presentárnosla, con objeto de ponerla en ridículo. Antes, al contrario, aquella reunión de artistas de buena fe, aunque de poca ilustración por lo general, podía vanagloriarse de haber mantenido enhiesta la bandera del arte en una época de completa decadencia; ellos lograron unirle al elemento popular y prepararon admirablemente el terreno para que en él pudiera desarrollarse con absoluta libertad el espléndido período artístico del renacimiento. Respetaban y

defendían con ahinco sus teorías, pero eran abiertos á lo nuevo y admitían lo mejor, concediendo el título de maestro á todo aquel que lograba presentar una obra perfecta. Buena prueba de ello es el éxito que obtuvo ante su tribunal el joven cantor bohemio de quien antes me ocupé.

Wagner ha exagerado mucho la nota y ha puesto en caricatura una corporación digna de respeto; pero lo necesitaba para acentuar y fijar definitivamente el carácter filosófico que pretendía dar á su obra. Por esto creó el grotesco tipo de Beckmesser, el poeta envidioso, pedante é imbécil. Eligió con acierto el ambiente en que debía de desenvolverse su trama. El solo nombre de Nuremberg trae á la mente, por un lado, la imagen de la Alemania de fines del siglo XV, seria, meditativa y amante de sus tradiciones; por otro, el recuerdo de uno de los centros más florecientes del renacimiento alemán, donde comienza á brillar el fuego de la reforma, donde Alberto Durero da vida nueva al arte y donde Hans Sachs, poeta salido del pueblo, ennoblece la poesía popular.

No debió desconocer Wagner tampoco la historia de los maestros cantores de Nuremberg escrita por Wagenseil, uno de ellos, y debió quedar sorprendido por cierta analogía existente entre el conjunto de los críticos de su época y el cuadro de aquella escuela, que si por una parte era estacionaria, estrecha, miedosa de toda libertad de inspiración y para la cual la poesía no era más que un oficio, por otra dimanaba un sutilísimo pero perfumado ambiente de arte, al contemplar aquellos honrados artesanos que se reunían todos los domingos y días festivos con la firme intención de cultivar las bellas artes. Además, la vida de una pequeña ciudad alemana del 1500—en los albores de la reforma—era un cuadro demasiado vivo y simpático para no impresionar la fantasía artística de Wagner.

Con todos estos elementos ha escrito el gran reformador su célebre comedia musical. Muchos de ellos han sido tomados de otros autores; sin embargo, ha logrado componer una obra personalísima y original. Para demostrarlo bastará con estudiar su poema y los caracteres que en él se desenvuelven.

R. MITJANA.



LA REGENCIA ⁽¹⁾

ORDEN ECONÓMICO DE ESPAÑA

La inestabilidad sobre la Hacienda pública viene siendo precisamente la nota característica con que sabios, académicos, jurisconsultos, hombres de negocios y apasionados políticos se distinguen desde Campomanes hasta Mendizábal, desde Bravo Murillo hasta Barzanallana, desde Figuerola hasta Salaverría. No ha habido una modificación ministerial ni cambio de situación política entre los partidos políticos españoles que no haya dejado de influir en la marcha de la Hacienda española. Si alguno de los Ministros con figura saliente en la historia de nuestra política ha acometido empresas atrevidas, como atrevidos fueron algunos de los trabajos sobre Hacienda pública hechos en el reinado de Carlos III y en el de doña Isabel II; los trabajos, dignos de mejor suerte, del tiempo de la Revolución y de la Restauración; los trabajos que se hacen desde que empezó la Regencia, esos Ministros no pudieron perfeccionar sus planes, ni fueron atendidos ni entendidos, algunas veces siquiera, en todo el alcance que pudieran tener sus planes rentísticos.

(1) Véase la pág. 275 de este tomo.

Con razón sobrada ha dicho el mismo Sr. Camacho que cuando el establecimiento definitivo del gobierno constitucional se realizó entre nosotros, el sentido político general de la situación nueva debió, naturalmente, informar las grandes reformas económicas que el estado deplorable de la riqueza pública exigía, y el sentido administrativo de la escuela liberal en sus matices diversos había luego de realizar la organización científica de una Hacienda nacional que reemplazase al desorden, la irresponsabilidad y el empirismo anteriores. Mas si todo esto hubiese sido hecho reconociendo como campo neutral el de la Hacienda, tal orden de cosas habría producido opimos frutos; pero sin ese reconocimiento de neutralidad, los resultados vemos que han sido funestos, ó á lo sumo de mucho menos ventajoso alcance.

Sabemos que la situación del Tesoro era el 8 Enero 1883 la siguiente:

PASIVO

Pesetas 229.203.929	representado por créditos del Ayuntamiento, por la tercera parte del 80 por 100 de propios, depósitos del Consejo de redenciones del servicio militar, préstamos, partícipes de las rentas y obligaciones de presupuestos pendientes de pago.
---------------------	---

ACTIVO

Pesetas 232.699.861	representado por créditos disponibles ó de inmediata realización, cuyas principales partidas eran las que vamos á enumerar:
Pesetas 28.181.645	existencias en caja.
» 94.143.460	reservas en poder del Banco.
» 62.618.249	débito del Banco, procedente de la negociación de 4 por 100 amortizable.
» 47.371.898	valores presupuestos vencidos y á realizar.

Pesetas 232.315.252

Como se ve, tenía el Banco de España deudas contraídas á favor del Tesoro, aun cuando el Banco conservaba en su cartera muchos más millones que los que figuran anteriormente, y que estaban representados por deuda consolidada amortizable, que no obligaba á forzar el curso del papel fiduciario.

Parece mentira cómo en diez años han cambiado tanto las partidas, y, por consiguiente, la estructura del balance del Tesoro y del presupuesto del Estado.

Éste fué en 1882-83.	{ En concepto de in-	
	gresos.....	782.995.225
	{ Idem de gastos.....	782.649.212
Sobrante de ingresos que ofrecían las previsiones.....		346.013
Ese presupuesto, después de votado por las Cortes, quedó ley del Reino en esta forma:		
	Ingresos.....	780.995.225
	Gastos.....	789.326.090
	Déficit según la ley.....	8.330 865

Cuyo déficit se aumentó más á consecuencia de las disposiciones legislativas, que fueron las siguientes:

- Pesetas 11.500.000 por la rebaja de los ingresos que, á consecuencia de la ley de 6 de Julio de 1882, produjo en la contribución de consumos.
- » 4.114.415 por los créditos extraordinarios y supletorios concedidos para varios servicios de Guerra, Gracia y Justicia, Gobernación y Fomento.

La cotización de los fondos públicos era el 10 de Mayo de 1882:

3 % perpetuo interior.....	29,25 por 100
3 % id. exterior.....	31,10
4 % amortizable.....	80
Acciones del Banco de España...	398
Cambio sobre París.....	4,90

El 10 de Mayo de 1893 se presentaba á las Cortes para el año económico de 1893-94 un presupuesto que importaban los

Ingresos.....	Pesetas 737.476.353
Gastos.....	» 737.216.891

En este presupuesto, la aspiración dominante que parece resultar es la de las economías, aquellas economías que no pudieron realizar, en la proporción que hubiesen querido, Salaverría, en el año 1876; Camacho, en el año 1881, y Cos-Gayón, en el año 1885; aquellas economías que debieron acometerse al inaugurarse la Regencia, y que, distracciones de la política unas veces, ambiciones personales de los políticos otras, y errores de los llamados hombres de Estado de España, han impedido que el presupuesto de esta nación fuese una verdad y fruto sazonado.

Las economías se imponen, pero es preciso saber hacerlas para que no resulten contraproducentes. Y no basta poder decir que en el presupuesto de 1893-94 se ha conseguido reducir el déficit en unos veintinueve millones de pesetas; desde el momento que para conseguir ó pretender que desaparezca del todo el déficit tiene que acudirse á reducciones como la que se presenta en el Ministerio de Fomento, que sin entrar en detalles, y á partir del supuesto racional de que en ese Ministerio no se hacen otros gastos que los que son en realidad de verdad reproductivos, cualquier supresión puede traer como inmediato resultado secar una ó más fuentes de riqueza.

Para acabar con el déficit se proyectan nuevos ingresos fundados en las industrias de la pólvora y de los naipes, en el uso de los carruajes de lujo. Se aumenta la contribución territorial, cuando el contribuyente se encuentra tan necesitado de reducciones como se ve por la disminución que ha tenido la exportación de los vinos, y que está calculada en números redondos como sigue:

Desde 1.º de Febrero de 1892 á fin de Marzo de 1893, la exportación á Francia ha sido menor en 246 millones de pesetas, del valor atribuído á 7.800.000 hectolitros, comprendi-

dos los vinos de Jerez y los llamados comunes; baja importantísima, por lo mismo que se trata de nuestra principal riqueza agrícola.

Pero nótese la coincidencia, que es una fatalidad más entre las muchas que nos abruma en el momento de escribir estas líneas. Coinciden las aspiraciones tomadas en serio de las economías con el agotamiento artificial de fuentes importantes de riqueza; con poner en vigor aranceles de derechos elevados y valoraciones inexactas; con crear la segunda zona fiscal, que entorpece tanto el comercio. Y resulta que el Estado perjudica á la agricultura, á la industria, y al comercio, perjudicándose á sí mismo, lo que no es para olvidado; que, después de todo, son unos mismos los intereses del contribuyente y del Tesoro público.

Desde luego será una ventaja inmensa ver cumplida la promesa de suprimir el impuesto de consumos sobre todo, ó al menos haber conseguido que cese la forma odiosa de la tributación, foco perenne de inmoralidad; pero no se pierda de vista que el mercado interior no basta para el consumo de nuestros vinos, como de otros muchos productos; la necesidad de las ventas traspasa las fronteras nacionales, y en el extranjero es donde puede quedar verdaderamente satisfecha, y cuanto se haga contra esto, quitando desarrollo ó reduciéndose la riqueza, en el presupuesto habrá de reflejarse y de hecho se refleja, como vamos á demostrar.

La prueba concluyente de lo premioso que ha debido andar el pensamiento en la formación del presupuesto de 1893-94, está en la partida de ingresos buscada en el aumento del descuento de los funcionarios públicos, hecho contra toda equidad, inspirado contra toda justicia y que desbarajusta la administración pública. No alcanza por igual proporción al personal administrativo, atenta á los derechos adquiridos con títulos legítimos y perturba la marcha ordenada de los negocios públicos. Es un remedio más aparente que real el descuento, además de que significa la impotencia de encontrar orígenes de renta mejores. Si se prueba agudeza para salir fácilmente del paso, no puede probarse aptitud bastante para saber reforzar el presupuesto.

Al decir esto no pretendemos dirigir cargos concretos, ni mucho menos personales, al Ministro de Hacienda, quien no puede ser responsable de toda la política económica imperante. Tiene, sí, una parte de responsabilidad personal; la comparte con su partido cuando declara en la exposición dirigida á las Cortes que precede al proyecto de ley de Presupuestos «que »no hay error que más lamentables resultados produzca que la »inequitativa distribución de un impuesto, ni nada que mayor »incentivo preste á la ocultación. Por eso la Administración ha »de ser, primero justa, y después enérgica, porque cuanto »mayor sea la equidad que presida á sus actos, tanto mayor »derecho tendrá para exigir el cumplimiento de la ley, cuya »severidad el Gobierno se halla dispuesto á hacer sentir á los »defraudadores.»

Defraudadores serán en el orden político todos los españoles que falten á la ley. Pero ¡ah! que es preciso que la ley sea justa, y que presida á su formación la equidad. Y es coincidencia que á partir del año 1851, que por fin las ideas políticas liberales tuvieron arraigo bastante para desarrollarse, hasta llegar al grado de prosperidad que tienen en el año 1893, la libertad administrativa bien considerada resulta con un verdadero retroceso, y sobre todo con un gran contraste con la libertad política. No hay más que apreciar los efectos de la ley del timbre, por ejemplo, viéndose por ella que invade los más sagrados derechos del hogar, puesto que obliga á abrir el domicilio al Fisco en todo momento que éste quiera invadirlo. El Fisco en busca de tributos para satisfacer las necesidades de presupuestos políticos, más que presupuestos nacionales, lo que hace es salir al camino del ciudadano, le corta el paso á la entrada de las poblaciones, detiene su marcha en las calles y penetra en la morada del vecino, cuando cuadra á los fines que se le han encomendado por ministerio de la ley.

Mas está dicho, no será defraudador en el orden moral quien trate de eludir una ley que no se ajuste á la equidad y á la justicia. Ni estará ajustada del todo á ésta la ley cuando por el Ministro de Hacienda se declara que todavía sobran á la Nación española medios de cumplir holgadamente sus obligaciones, y desenvolver los importantísimos veneros de riqueza

que atesora, y sin embargo, con medidas de rigor se imponen y se cobran tributos fuertes. Verdad es que se ha montado la política para los gastos en proporción geométrica, mientras que la Nación no puede desarrollar sus veneros de riqueza más que en proporción aritmética. Y por darse el gusto de poder decir los partidos políticos que van á nivelar los presupuestos, aunque no resulte después confirmada por los hechos la promesa, con una mano reparten libertades políticas y por otra imponen tiranías económicas.

La tiranía, la violencia ó el despilfarro económico está reflejándose en los planes de Hacienda de este Ministerio; lo está en el proyecto de ley de Presupuestos de 1893-94, en el de Administración y Contabilidad de la Hacienda pública, en el que se solicita autorización para ratificar el convenio transitorio celebrado con el Banco de España respecto á la deuda flotante y al servicio de Tesorería del Estado, en el que se refiere á las clases pasivas del Estado, en aquel otro que trata de la aprobación de los créditos extraordinarios y suplementos de crédito concedidos por el Gobierno durante los dos últimos períodos en que se han hallado suspendidas las sesiones de Cortes, en otro proyecto concediendo un suplemento de crédito de 590.000 pesetas al presupuesto de Obligaciones de los departamentos ministeriales del año económico de 1892-93. La bomba final está en el proyecto de ley de aprobación de la cuenta general del Estado del primer semestre de 1881-82, donde resulta lo siguiente:

	<u>Pesetas.</u>
Ingresos.	391.358.992
Pagos.....	486.851.833
	<u>95.492.841</u>

exceso de las obligaciones satisfechas sobre los ingresos obtenidos.

Error de cálculo, que no es de extrañar, en un país donde el Ministro de Hacienda aún tiene que decir á las Cortes en el año 1893 que «somete á su aprobación el pensamiento de hacer la estadística de la riqueza inmueble y de

los edificios habitables, deseoso de buscar asiento á una clasificación más justa y racional de algunos tributos, y á la reforma de otros que pesan desigualmente sobre las clases sociales.»

Desde luego conviene repetir hasta la saciedad, y teniendo presente que la gota de agua acaba por horadar la piedra de más resistencia, que mucha parte de la deplorable situación por qué atraviesa la Hacienda española consiste en el malísimo sistema que se sigue de llevar al Ministerio de Hacienda personajes por méritos reconocidos en el campo de la política; el Ministro tiene que redactar el presupuesto bajo la presión de los intereses de partido, ó bajo la presión de escasez de tiempo, de apuros de recursos, del apremio de gastos más ó menos justificados. Ya los presupuestos entregados á las deliberaciones y votación de los Cuerpos colegisladores, éstos, cuando no toman acuerdos más propios de campanario que de ancha base nacional, acuerdan con desconocimiento de causa ó con ignorancia de las leyes que rigen en la materia que está puesta á debate, y de cuya aplicación legal depende la suerte de una comarca, de una región ó del país en general; y ejemplo de ello tenemos en el proyectado impuesto de cinco céntimos por litro de vino. Si se ponen en vigor los presupuestos, y el Ministro que los presentó á las Cortes, que parece ser de imprescindible necesidad que sea el llamado á realizarlos, un aire de tantos malsanos como corren al impulso de la política derriba al Ministro que fué autor del presupuesto vigente, entonces á este Ministro reemplaza otro del mismo partido, pero que no está identificado con los planes, miras y gestiones del autor del proyecto de presupuestos que están ya convertidos en ley. Y acontece también, para mayor desgracia de los intereses generales, que un nuevo Ministro de Hacienda de distinto partido (enemigo acérrimo del anterior, no adversario leal) es á quien se confía la realización de los planes rentísticos de su antecesor, resultando de todo el *déficit*, con éste los apuros del Tesoro público, con ellos el descredito y todo su cortejo de calamidades.

Habida consideración á estos defectos de la Hacienda nacional, como por otra parte la necesidad se impone, no ha de

extrañarse que se quiera pensar seriamente en la nivelación de los presupuestos, que al fin los partidos políticos tendrán que acabar por convencerse que es de todo punto imposible dejar mirar con desdén la riqueza pública, que al fin el instinto de conservación hará su camino. No hay más sino que estas cosas no se arreglan tan pronto como se quiere, ni siempre por los medios que se intentan plantear las reformas. ¡Qué más quisieran los partidos políticos españoles que conseguir para sí el dictado de arregladores de nuestra Hacienda!

Conseguir esto será ponerse en camino de llegar á la nivelación de los presupuestos con toda verdad y exactitud.

Ya está indicado.

Muchos conatos ministeriales registra la historia en ese sentido desde Campomanes á Bravo Murillo, y con posterioridad á éste hasta nuestros días; pero el último intento, que pudiéramos llamar también acusación ministerial, el del año 1893, como acusación, es la más contundente. Lo es, principalmente, porque comparando el presupuesto de 1887-88 con el de 1893-94; fijándose, por ejemplo, en el del Ministerio de Fomento, resulta que, siendo el del primer año de 104 millones de pesetas, se quiere reducirlo para el último año á 76 millones; y se afirma en el preámbulo del presupuesto de 1893-94 que, siendo por reconocimiento unánime de los partidos que es irreductible el presupuesto de Fomento, sin embargo, no puede consentirse que á la sombra del interés nacional subsistan rutinas engendradoras de grandes abusos y de despilfarros.

Efectivamente, de esto ha debido haber mucho, y será el remedio difícil, si recordamos que el estímulo desordenado de ganancias en las obras públicas hizo caer en el pecado político cuando las últimas elecciones generales en Francia, consiguiendo votos muchos candidatos que á no ser por el estímulo corruptor de las obras públicas no los hubiesen tenido.

La ponencia del Congreso económico nacional de Barcelona ya en el año 1888 puso de relieve los abusos y despilfarros que se cometieron, entre otros, con la construcción de los caminos de hierro españoles, de los que habla el Ministerio de Hacienda en el año 1893, según acabamos de citar.

En el presupuesto de este año se inicia otra reforma trascendental, la reorganización de la administración de justicia, sobre la base de la supresión de las Audiencias provinciales, cuyas funciones desempeñarán, según el proyecto, las Audiencias territoriales y los juzgados. Incluía esta reforma de la administración de justicia en un presupuesto, puede creerse que ha sido el móvil principal de ella las economías; justas podrán ser estas; las leyes económicas son de una realidad en ocasiones abrumadora. Mas la organización de la justicia, en este caso, parece como que resulta subordinada á la necesidad apremiante de reducir los gastos, más que puesta en armonía con los altos fines jurídicos.

De todos los departamentos ministeriales se piden economías; por imposición de éstas se reorganizan los servicios simplificándolos según unos, dejándolos insuficientes según otros. El Ministro de Hacienda, en su preámbulo á los presupuestos, lo que ha querido probar es que hasta su elevación al poder se han consentido vicios y corruptelas, por lo menos; que se ha administrado desacertadamente gastando más de lo necesario, dentro de lo posible. El Ministro, es verdad que en este caso tiene la personificación de las promesas hechas dentro del Parlamento por su partido, y fuera del santuario de las leyes haciendo propaganda el jefe del partido, cuando ofreció dejar reducidos los gastos á 700 millones anuales.

Mas la vida nacional se desarrolla gradualmente; á la vez son muchos los resortes que funcionan; tomado un rumbo se hace sumamente difícil variarlo; en la dirección que se marcha quedan impresas huellas imperecederas; las costumbres se forman, la tradición impera, los intereses organizan fuerzas en un sentido dado. Entonces sucede que las novedades causan alarma, sobre todo si las novedades no están bien definidas, y puede haber sospechas de que á un privilegio reemplace otro, á un resorte inútil se le sustituya con otro tan costoso y con los mismos defectos, aunque con distinto nombre. Y como es muy difícil tocar las ventajas de las reformas tan pronto como fuese de desear, la voz de la protesta más ó menos justificada se lanza á la arena política.

Ahora, si las reformas se preparan con experiencia y se lle-

van á la práctica prudentemente; si una legalidad administrativa se sustituye por otra legalidad que esté muy puesta en razón y llevada á cabo con mayor justicia; si por medio del derecho la libertad adquiere mayores garantías de estabilidad y de progreso; si el Ministro de Hacienda plantea el problema de las economías simplificando la administración pública, separando todo lo político de lo administrativo, teniendo entereza para sostener sus proyectos sin soberbia, que ciega tanto á todos; si se llega á comprender que la vida social es posible cuando el patriotismo prevalece, la ciencia se posee, el ahorro es un hecho, el trabajo domina por encima de las pasiones, entonces sí que con orden y sosiego, con paz y perseverancia, será posible la regeneración de la Hacienda española.

No sucederá así con los signos de tanta coincidencia fatal como registran los anales españoles. *Signos del tiempo* son: la coincidencia que resulta de la proclamación de todos los derechos políticos con la restricción de todos los derechos económicos. Coinciden los presupuestos ordinarios deficientes con la formación de presupuestos extraordinarios arbitrarios; se presentan á las Cortes presupuestos nivelados que luego resultan con déficit; se busca el origen de las rentas públicas donde no están las fuentes de riqueza; el tributo, que debe ser un sacrificio á cambio de servicios prestados por el Estado, se corrompe haciéndolo una explotación privilegiada por el arrendamiento; el arbitrarismo se desborda causando estragos por medio de la circulación imprudente de papel fiduciario, creándose abusivamente deuda flotante simulada, cediendo con condiciones onerosas monopolios del Estado que para sostenerlos se pagan al extranjero sumas cuantiosas, como sucede con el tabaco que se importa de los Estados Unidos; decretándose un sistema artificial para la acuñación de la moneda, se tolera el fraude y se corren riesgos de incalculables consecuencias, construídos los caminos de hierro para facilitar y abaratar el transporte, viene el Fisco con su intervención á entorpecer la marcha libre de los trenes de mercancías; la vida moderna, que vive mucho del crédito nacional é internacional, se desconoce su importancia dictando

medidas que han de ser contraproducentes al buen éxito de los intereses generales; la producción agrícola, tan necesitada de baratura para presentarse compitiendo con ventaja en el extranjero, la administración pública viene á encarecerla abusando más que usando de su legítima y legal preponderancia; por lo mismo que se ve bien cómo el caciquismo con sus arterías extiende la inmoralidad, parece que haya complacencia en dejar disfrutar de sus vicios; debiendo ser el poder legislativo superior al responsable en las cuestiones de Hacienda (á la manera que las Cortes de Castilla y los Fueros de Aragón prevalecieron en sus buenos tiempos), la dictadura caprichosa, que no la científica, busca medros altiva y soberbia; en fin, cuando tanto se ha dicho por hacer prevalecer los derechos individuales, de hecho quedan vulnerados por medio de la gestión opresora en el orden económico.

Así, pues, resulta imposible la marcha próspera y normal de la Nación. Existen fundamentos bastantes para encontrar los orígenes del mal, pero falta voluntad para corregir las malas tendencias.

Falta voluntad en el sentido que ha dicho el Ministro de Hacienda al dirigirse en el mes de Mayo de 1893 á las Cortes; porque ha dicho aquél á éstas que urge demostrar que todavía sobran á la nación española medios de cumplir sus obligaciones.

Asegura el Ministro que persistirán los progresos de la recaudación. Sólo que, al mismo tiempo, al presentarse optimista, y optimista bajo un aspecto de la cuestión fundadamente ese Ministro, que ha tenido razón para creer en el desarrollo de la riqueza pública, como se ve por las estadísticas, es posible que no haya tenido presente que el presupuesto de gastos, á contar del año 1850, ha tenido un aumento superior al aumento que han podido tener los ingresos.

ANSELMO FUENTES.

(Continuara.)



LA CELESTINA (*)

B

Buenas son mangas pasadas pascuas.—Advierte que lo útil siempre viene bien aunque venga tarde.

C

Cada buhonero alaba sus agujas.—Da á entender que todos alabamos las cosas que nos pertenecen aunque no lo merezcan.

Cada uno habla de la feria según le va en ella.—Manifiesta que cada uno habla de las cosas según el provecho ó daño que ha sacado de ellas.

Con mal está el uso cuando la barba no anda á desuso.—Advierte la falta que á la viuda hace su marido difunto.

Cria cuervo, sacarte ha el ojo.—Explica que los beneficios que

(*) Véase la pág. 264 de este tomo.

se hacen á los ingratos les sirve de arma para pagar con mal el bien.

Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas en remojo.—Advierte debemos servirnos y aprovecharnos de lo que sucede á otros para escarmentar y vivir con cuidado.

Cuando una puerta se cierra, otra se abre.—Sirve para consolar en los infortunios y desgracias, pues tras un lance desdichado y fatal suele venir otro feliz y favorable.

D

Da Dios habas á quien no tiene quijadas.—Suele decirse cuando las riquezas ó conveniencias recaen en algún sujeto que no puede ó no sabe disfrutarlas.

De cosario á cosario no se pagan sino los barriles.—Enseña que los de un mismo oficio no suelen hacerse daño unos á otros.

De lo poco poco y de lo mucho nada.—Se dice por los hombres que en mediana fortuna parecen liberales, y en haciéndose ricos son miserables; y enseña que, en toda suerte de fortuna, contraria ó favorable, es menester vivir con igualdad.

Del monte sale con que se arde.—Además del sentido recto, da á entender que de nuestras casas y compañías salen muchas veces los motivos de nuestro daño.

Do vino el asno vendrá la albarda.—Denota que con lo principal va comúnmente lo accesorio.

E

El abad, de lo que canta viste.—Da á entender que cada uno debe vivir y sustentarse de su trabajo.

El loco por la pena es cuerdo.—Explica que el castigo corrige los vicios, aun en los incapaces de razón.

El perro del hortelano, que ni come las berzas ni las deja comer.—Reprende al que, no aprovechándose de las cosas, no deja que otros se aprovechen de ellas.

El que mucho abarca, poco aprieta.—Explica que quien emprende ó toma á su cargo muchas cosas á un tiempo, ordinariamente no cumple con ninguna.

En buenas manos está el pandero.—Da á entender que se puede fiar algún negocio ú otra cosa á alguna persona, por la seguridad que se tiene de su habilidad y capacidad, y que se conseguiría con todo acierto.

En casa llena pronto se adereza la cena.—Manifiesta que donde hay abundancia de medios se sale con bastante facilidad de cualquier empeño.

Entre còl y col lechuga.—Advierte que, para que no fastidien algunas cosas, se necesita variarlas.

H

Hay ojos que de lagañas se agradan.—Enseña la extraordinaria elección y gusto de algunas personas, que

teniendo donde escoger se aficionan de lo peor.

Hombre apercebido, medio combatido.—Da á entender que el que se previene con tiempo lleva vencida la mitad del combate ó peligro.

I

Ir por lana y volver sin pluma.—Se dice de los que emprenden algún trato, comercio, negocio ó acción de que discurren salir muy gananciosos y con ventaja y vuelven descalabrados y perdidos.

M

Mal ajeno de pelo cuelga.—Da á entender el poco cuidado con que se suelen mirar los negocios ajenos.

Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades.—Denota lo mal que solemos llevar comúnmente las correcciones que se nos hacen.

Más mal hay en la aldehuela que se suena.—Da á comprender que no se presenta al exterior todo el bien ó el mal que en realidad existe, ó ser de más trascendencia una cosa de lo que parece.

Más vale á quien Dios ayuda que quien mucho madruga.—Advierte á los que confían más en su diligencia que en la ayuda de Dios.

Más vale solo que mal acompañado.—El sentido recto de este refrán interpreta perfectamente su moral.

Mucho va de Pedro á Pedro.—Da á entender la diferencia que hay de un sujeto á otro.

N

No da paso seguro quien corre por el muro.—Manifiesta que aquel que camina por terreno difícil y escabroso no es facil llegue con bien al término de su viaje.

No es oro todo lo que reluce.—Aconseja no debemos fiarnos de las apariencias, porque no todo lo que parece bueno lo es en realidad.

No se ganó Zamora en una hora.—Es preciso dar tiempo al tiempo, y no tratar grandes ó pequeñas cosas si no hay tiempo para ello.

No se pescan truchas á bragas enjutas.—Enseña que para conseguir lo que se desea es necesario pasar trabajo y poner diligencia.

Nuestro gozo en un pozo.—Da á entender haberse desvanecido una cosa que seguramente se esperaba, como una pretensión ó noticia agradable.

P

Pan y vino anda camino, que no mozo garrido.—Advierte lo mucho que contribuye el buen alimento á sufrir las fatigas.

Piedra movediza nunca moho la cobija.—Enseña y aconseja debe uno mantenerse constante en lo que ha emprendido y no vario ni fácil, porque el que

tiene estas impropiedades nunca conseguirá ni logrará cosa alguna.

Por mucho que se madrugue no amanece más aina.—Da á entender que no se han de precipitar los negocios haciendo diligencias fuera de tiempo.

Q

Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.—Advierte la fortuna que logra el que tiene protección poderosa.

Quien bien quiere á Beltrán, bien quiere á su can.—El que quiere bien á alguno, quiere bien á todas sus cosas.

Quien la miel trata, siempre se le pega dello.—Amonesta la dificultad de librarse de caer en falta ó culpa el que trata materias peligrosas.

Quien menos procura alcanza más bien.—Hace notar por dañosa la demasiada solicitud en los negocios ó pretensiones; y así, quien hace menos diligencias suele á veces conseguir mejor lo que solicita.

Quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.—Manifiesta que á nadie se le debe culpar de las faltas que él mismo ha corregido.

R

Ruin sea quien por ruin se tenga.—Amonesta á no sentir tan bajamente de sí, que no nos alabemos con modestia tal vez.

S

Sacar aradores á pala de azadón — Da á entender que con medios desproporcionados no se puede conseguir lo que se desea. Díjose así porque, siendo el *arador* un insecto muy pequeño que se cría en las palmas de las manos, no se puede sacar sino con un instrumento tan sutil como lo es el alfiler.

Si sabe mucho la raposa, más el que la toma — Amonesta que ninguno, por muy advertido que sea, debe fiarse de su sagacidad, pues puede haber otro más astuto que le engañe.

T

Tan presto va el cordero como el carnero. — Advierte que no nos debemos fiar en la mocedad, porque tan pronto fenece el joven como el viejo.

Trasquílenme en concejo y no lo sepan en mi casa. — Se dice de los que están infamados en toda la república y quieren encubrirlo en su casa y parentela.

U

Una golondrina no hace verano. — Enseña que un ejemplar no hace regla (38).

V

Viva la gallina y viva con su pepita. — No se debe intentar el curar radicalmente ciertos achaques habituales, por el riesgo que puede haber de perder la vida.

DE LAS VARIANTES Y CORRECCIONES HECHAS

en las ediciones antiguas y modernas

DE

LA CELESTINA

Como apuntamos en la *Nota núm. 9*, en 1822 dió á la estampa en Madrid D. León Amarita una de las ediciones de LA CELESTINA más perfectas, por no decir la mejor, de cuantas hasta aquella época habíanse dado á luz por libreros y editores.

El mérito de esta hermosa edición no habremos de buscarle en sus condiciones tipográficas, que preciso es consignar son excelentes, sino en la erudición de su brevísimo prólogo y, sobre todo, en las variantes señaladas de más de setecientas voces que, como dicho editor oportunamente dice, el descuido, la ignorancia y la arbitrariedad plagaron de errores tan hermoso libro, incluyendo aun su edición segunda, tenida por muchos eruditos como primera.

Llevados del pensamiento de Amarita, y deseando en cuanto sea posible seguir su comenzada y no acabada tarea, procuramos consultar cuantas ediciones nos fué dable allegar á la mano, y, en efecto, si no todas, porque esto es de todo punto imposible, pudimos adquirir doce, mas diez que nos fueron facilitadas por cariñosos amigos y bibliotecas particulares, mas cinco cuya consulta debimos á la amabilidad del ilustre Director de la Biblioteca Nacional, Sr. Tamayo y Baus. Hemos podido, pues, estudiar veintisiete ediciones, y con ello conseguir, aunque de modo indigno, la composición del presente trabajo y comprobar la verdad de los asertos, excelente juicio y extremada laboriosidad de D. León Amarita.

Dice este admirable y cachazudo erudito: Que las únicas correcciones que halla hechas con buena crítica son las de la

edición de Salamanca del año 1570, hecha por Matías Gast á expensas del librero Simón Borgoñón, el cual la dedicó á don Sancho de Ávila, y le dice entre otras cosas: «Atrevíme con consejo de algunos doctos á mudar algunas palabras que algunos indoctos correctores pervirtieron. En el acto primero enmendé *Erasistrato y Seleucal* (39), porque allí toca la historia del Rey Seleuco, que por industria del médico Frasistrato concedió por paternal piedad su propia mujer al único hijo que por amores della casi al punto de la muerte había llegado. Cuéntalo largamente Luciano en su *Dea Syria*, y tócalo Valerio Máximo, lib. V, cap. 7. En el acto sexto corregí *Adelecta* (40). Fué esta Adelecta (como cuenta Petrarca) una noble mujer toscana, grandísima astróloga y mágica. Dijo muchas cosas á su marido é hijos Eternio y Albricio. Pero principalmente, estando á la muerte, en tres versículos anunció á sus hijos lo que les había de acaescer, especial al Eternio, que se guardase de Cassano. Él guardábase de Cassano, lugar de Padua. Siendo al fin de sesenta años, vino á Milán, adonde por sus obras era muy aborrescido de los longobardos: fué dellos cercado, y passando una puente con gran fatiga supo que aquel logar se nombraba Cassano. Luego da de espuelas al caballo y lánzase en el río diciendo á grandes voces: ¡O hado inevitable! ¡O maternales presagios! ¡O secreto Cassano! Al fin salió á tierra; mas los enemigos que la puente y entrambas riberas tenían tomadas, allí le acabaron. En el acto veintiuno corregí *Lambas de Auria* (41), Duque de ginoveses, porque este Lambas de Auria, de donde viene Andrea Doria, fué capitán de los ginoveses contra venecianos, y un hijo suyo en el conflicto rescibió una saetada mortal, á cuya caída se levantó en la nao gran tristura, lloro y alboroto. Acudió allí el padre, diciendo: *No es tiempo de llorar, sino de pelear*, y tomando en sus brazos al hijo amado, lanzóle en el mar, diciendo: *No te diera tu patria si en ella murieras más honrada sepoltura*. Cuenta esto Petrarca, lib. 2. *Epists. familiars*, epíst. 13. En la página diez y nueve por *mayor* puse *Marón*, y otras algunas menudencias que V. m. podrá advertir leyendo.»

Y Amarita leyó la obra, siguiendo el consejo de Gast, como

nosotros la leímos y estudiamos, siguiendo la buena marcha del mismo Amarita y otros escritores.

De las 27 ediciones que, como hemos dicho, pudimos consultar, incluso la de Barcelona de 1842, ninguna hallamos más cuidada ni más perfectamente corregida que la que nos ocupa, en la cual modestamente señala tres erratas en el texto y otras tantas en el *Diálogo entre el Amor y el Viejo*; y hacemos visible tal modestia y confesión de tan pequeño pecado, en razón á que otras ediciones de pretensiones mayores, siendo innumerables los defectos, y que por ser de bulto no pudieron pasar desapercibidos al corrector, no estimaron apuntarlos.

Llena de barbarismos gramaticales aparece la edición de Viñao de 1529; Alonso Ulloa, oportunamente citado por Amarita, se propuso hacer una edición correcta en casa de Gabriel Giolito, de Venecia, en el año de 1553, habiendo reparado que «*ni en España ni en Flandes, ni en otras partes, la habían dado al mundo como convenía, sino mal corregida y sin ninguna ortografía*; mas lo mucho que ganaría la obra con las correcciones de Ulloa se inferirá desde luego viendo la copia extravagante que le puso.»

Tragicomedia de Calixto y Melibea
En la cual se contienen
demás de su agradable y dulce
estilo, muchas sentencias philosophales y avisos muy
necesarios para mancebos mostrándoles los
engaños que están encerrados en sir-
vientes y alcaknetas
Dirigida al Ilust. y muy Magnif. S. el S. Juan Micas, y con
suma diligencia corregida por Alonso de Ulloa;
é impresa en guisa hasta aquí nunca
vista. É nuevamente añadido
el tractado de Centurio
con una exposición d' algunos
vocablos en lengua thoscana.
Impresa en Venecia en casa de Ga-
briel Giolito de Ferrari y sus hermanos en el anno del S.
MDLIII

Con sinnúmero de impurezas aparece la edición de Cormellas de 1563; el mismo Polono, impresor notabilísimo del si-

glo XVI en la suya de 1501, la de 1595 de la oficina de Plantino ó Plantiniano, la de Nucio de 1545, son ediciones que honran poquísimos sus cajas, tanto por el desaliño como por el descuido é incorrección con que están hechas.

No parece, dice Amarita, sino que esta preciosa *obrilla* estuvo siempre vinculada al patrimonio común de los ciegos y de los librereros de portal.

Y en verdad que podía tronar contra la mayoría de los librereros, editores é impresores que le precedieron en la publicación de nuestra obra, pues descartada la de Borgoñón, ninguna como la suya ha merecido la aprobación de los bibliófilos; tanto es así, que como modelo debió tomarla para la suya de 1842 la varias veces citada de Tomás Gorchs, de Barcelona, editor concienzudo (aunque libre en sus ilustraciones), siendo edición tal, á su vez, pauta oportuna de la que se han servido luego la mayor parte de los editores de LA CELESTINA.

Después de Amarita, preciso es confesar, nadie puso mano en esta obra, concretándose á copiar, aunque desgraciadamente, hanse dejado mucho en que imitarle, pues si bien pueden apreciarse algunas de sus correcciones (sin que se le cite), adoptan vicios que á él se le escaparon de ediciones anteriores.

Fuera preciso publicar nuevamente la *Tragicomedia* de Rojas para limpiarla por completo de errores; pero no siendo hoy por hoy ése nuestro objeto, concretámonos á presentar las variantes hechas y las que en lo sucesivo debieran hacerse en las nuevas ediciones.

Trabajo ímprobo fué el que acometimos, y en el cual más caudal de paciencia derrochamos que de erudición y sabiduría vertimos; sin embargo, algo en él existe en que entró no poca parte de nuestra pobre inteligencia, y el cual, sin que le señalemos, han de apreciar los pocos amantes que en España existen de esta clase de estudios y literatura.

Comenzado y adelantado tenemos el análisis gramatical y lógico de la obra, y que debiéramos acompañar á la presente; pero trabajo tal le reservamos hasta tanto que el público erudito nos diga con su favor ó con su indiferencia si debemos ó

no responder con la labor ó con el silencio; mas para que no se diga no procuramos adelantar la paga y beneficio, á continuación es el catalogo que presentamos, exponiendo algunas noticias y consideraciones acerca del origen del lenguaje universal y más especialmente, del idioma castellano, así como el extendido catálogo de nuestros poetas y prosistas que más contribuyeron al perfeccionamiento del habla y la literatura española.

JAVIER SORAVILLA.

(Continuará.)





LA EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

ARTÍCULO PRIMERO

Así como la impresión que resulta de la lectura de los críticos de arte franceses, en lo que se refiere á los dos *Salons* en la actualidad abiertos en París, es de desaliento, la que deja la visita á la Exposición del Círculo es de esperanza. Uno de los críticos de nuestros inevitables vecinos, A. Pallier, decía, refiriéndose al Salón del Campo de Marte, que éste «envejece» y que «no brillará apenas en los fastos de la historia del arte.» Esto allá lo lamenten los franceses; nosotros, en cambio, podemos alabarnos de que la Exposición del Círculo de Bellas Artes es muestra de vigorosa y lozana vida, y no hemos de ocultar nuestra satisfacción por ello.

Esta satisfacción está justificada por la importancia de la Exposición. Las anteriores del Círculo han tenido un marcado carácter de particularidad, viniendo á ser algo así como manifestaciones de la vida íntima de los estudios, merced á las cuales el público satisfizo la curiosidad que pudiera inspirarle el afán de la labor diaria, las diversas etapas del estudio y de la técnica en el áspero camino de la producción artística. En la presente, el número de obras es considerable con relación al de estudios, bocetos, apuntes, etc., y suficiente

para que los visitantes se deleiten recorriendo con la vista, aquellas paredes,

sin que en ellas desperdicien
los ojos ni una mirada,

como dijo el difunto Ayala, aun cuando refiriéndose á otra cosa más importante. En efecto, todo lo presentado es lo suficientemente discreto para merecer, cuando no la estimación, por lo menos la indulgencia del público. Cuatro ó seis cuadros notoriamente malos no alcanzan á deslucir este certamen, en el cual, por dicha de todos, abunda lo bueno.

Esta Exposición, que es la cuarta de las bienales del Círculo de Bellas Artes, agrada principalmente por dos razones. La primera, porque los artistas no se han propuesto deslumbrar al público con arranques, más ó menos afectados, del enfermizo afán por la originalidad á toda costa, sino que, por el contrario, han tratado de captarse el aprecio de aquél por el camino derecho del estudio serio y de la interpretación honrada del natural, cada uno según lo siente; hablo en general. La segunda, virtualmente contenida en cierto modo en la primera, porque se han tomado en muchos casos la molestia de estudiar y de pensar los asuntos, huyendo al mismo tiempo, mérito no escaso ciertamente, de la sujeción servil á muchas que pasan plaza de teorías y no suelen ser sino caprichos más ó menos justificados de la moda y pruebas indubitables de decadencia.

La prensa diaria ha batido palmas, unánimemente, en aplauso de esta Exposición, y aun cuando de estos aplausos haya algo que rebajar por razón de la viva simpatía que el Círculo de Bellas Artes inspira y por la premura con que aquélla se escribe, siempre queda en ellos una gran parte de justicia, sobre todo en lo que se refiere al indudable progreso de esta Exposición sobre las anteriores. Ella parece revelar, aun estando compuesta de obras de muy diversa índole, una tendencia tímida y poco manifiesta aún, pero siempre digna de encomio, y que más arriba queda señalada, á preocuparse de que los cuadros tengan, ante todo, asunto. En efecto, si la

obra pictórica ha de detener delante de ella al espectador, es necesario que le interese.

Si han pasado ya, vayan con Dios los tiempos de aquellas exposiciones—y no sólo del Círculo—en las que aun los lienzos grandes no tenían ni asunto ni nada parecido. Vayan con Dios y no vuelvan, que el público está ya cansado de no ver sino estudios, manchas, apuntes, cosas de poco momento, ó grandes lienzos meramente decorativos, en los cuales la ejecución, para mayor desdicha, solía adolecer de defectos graves, á pretexto de que todo aquello estaba «hecho en un momento,» ó por la necesidad de llenar una tela inmensa, si no con un asunto escaso, con vulgaridades y amaneramientos.

También nuestros artistas, y tal vez por lo antedicho, parecen preocuparse algo más del dibujo y de la exacta imitación del natural, cosas ambas más dignas de atención que la feliz entonación de un paño destinado á encubrir una falta de dibujo, ó la exclusiva preocupación por quisicosas como el deslumbramiento de los ojos, la nimiedad del detalle poco pertinente, ó tal vez circunstancias externas y bastardas del modo de hacer. Hay en la Exposición que examinamos, y no puede menos de haberlo, mucho de lo que acabo de condenar; pero hay en cambio en toda ella un refrigerante vaho de honradez artística y de seriedad y de buen desco, que juntas con algo así como vigoroso impulso de juventud y de fuerza, le dan el carácter de esperanza que he creído ver en ella y que me ha causado verdadero júbilo.

Y aun cuando temo que me haya engañado mi deseo, he de decir también que me ha parecido ver en lo que se refiere al color (sigo hablando en general) esta misma honradez sincera de toda sinceridad que en unos cuadros parece inspirada en el deseo de volver al jugo, pasta y frescura de nuestros maestros españoles, y en otros acomodar teorías ó procedimientos de marcado sabor extranjero, francés especialmente, á nuestro modo de ver el color. En estos términos es como yo comprendo y apruebo el estudio de lo extraño y la voluntaria sujeción á su influencia; vertiendo su vino en nuestros odres, remozando nuestras venerables vejeces sin adulterar su carácter, estudiando con afán los adelantos ajenos, pero estudiándolos

con tino y sin pérdida de la propia personalidad. No de otro modo el gran Murillo, cuando hubo conocido las obras y el estilo de Van Dyck, aunque sólo fué por traslados y palabras de su antiguo camarada Pedro de Moya, se dedicó á emplear el mismo procedimiento y á asemejársele, pero sin perder por eso su personalidad genial y completamente propia. Bueno es el estudio de los maestros de fuera, aun cuando se les estudie hasta beberles el alma, mas no por esto debe dejar el artista de ser español de corazón.

No sé si habré visto mal al creer encontrar en la Exposición actual lo que de ella llevo dicho, pero en lo que creo que no estoy equivocado es en afirmar de nuevo el entusiasmo, el afán y la fe con que la gente joven viene á esta Exposición á conquistar un nombre desconocido ó nuevos prestigios para el que ya goza justamente la estimación del público. Esta circunstancia hace el certamen verdaderamente simpático. Cier-to es que en muchos cuadros se notan claramente las vacilaciones y los temores del que toca las dificultades que erizan el trabajo diario; en muchos otros se ve todavía fresca la lección del maestro en la involuntaria imitación de su estilo; en algunos la falta de práctica, las desigualdades inevitables y los desalientos del momento; pero á vueltas de todo ello, en todos se echa de ver fácilmente la tenacidad atenta y reflexiva que conduce al éxito.

Lo que no hay son vulgaridades, ni fracasos, ni caídas por falta de alas ó de fuerzas. En todas las obras de los que empiezan, por punto general, se adivina la posibilidad de mejorar, y que muchas de esas firmas, que hoy son ya estimables, serán mañana apreciadas de los inteligentes y queridas del público.

Alguien ha dicho que esta Exposición merece por el número y bondad de las obras presentadas el dictado de nacional: no diré yo tanto, aun sin detenerme á notar la ausencia—lógica y natural en ésta—de los grandes lienzos que aspiran á la medalla y á la adquisición por el Estado, y de los grandes asuntos de poderosa concepción y de altos vuelos; pero sí afirmo que, después de la presente, tenemos derecho á esperar que la primera que se celebre con aquel carácter sea por to-

dos conceptos notable. Ésta es una promesa halagüeña de *la otra*.

Respecto á los autores ya conocidos y admirados por el público, la simple enumeración de sus nombres es suficiente para poder asegurar que el actual certamen es el más importante de cuantos ha celebrado el Círculo, y también más que otros nacionales cuyo recuerdo está bien vivo en la memoria de todos.

Hasta las condiciones del local ayudan á hacer agradabilísima la visita á la Exposición, cómoda y elegantemente instalada en unas cuantas salas del edificio construído para Biblioteca nacional, y decoradas con un lujo y buen gusto que no alabo, porque si el Círculo de Bellas Artes no tiene buen gusto, ¿quién lo va á tener?

La sala de Velázquez, en la cual están los donativos que han de ser rifados, la instalación escenográfica y la sala de Araujo son tres atractivos y tres novedades que despiertan poderosamente el interés del público.

El dar cuenta detallada de lo que es esta Exposición no es labor liviana ni de poco momento. Lhardy con sus paisajes, muchos de ellos al pastel; Sorolla con sus retratos y sus cuadros valencianos; Jiménez Aranda con sus lindísimos cuadros de género; Casimiro Sanz con sus concienzudos paisajes, primor y gala de sus pinceles; Cutanda con sus escenas de obreros tiznados y forzudos; Muñoz, Lucena, Bertodano, Beruete, Francés y su hija, Oliva, Espina, Álvarez Dumont, Simonet, Silvela y otros muchos merecen mención detenida y afectuosa.

Esta será materia, Dios mediante, de sucesivos artículos, que puntualizarán al detalle lo dicho del conjunto en el presente.

AURELIO RIBALTA.



NO ME OLVIDES!

(CUENTO)

I

—¡Eugenio!

—¡Andrés!

—¿Tú en Madrid?

—Por algunas horas únicamente.

—Pero ¿de dónde vienes y adónde vas? ¿Qué ha sido de tu vida durante el último año?

—Tus preguntas no son para contestadas á la ligera; si quieres acompañarme, almorzaremos juntos y podré decirte lo que deseas saber.

—Acepto gustosísimo tu invitación... y no tengo que preguntarte si eres dichoso; llevas todo un jardín en tu coche, y las flores son amigas y compañeras de la felicidad.

—No es la felicidad la que representan para mí esas flores, sino la esperanza.

—Esperas... luego eres feliz, porque en la vida, chico, no hay placer que valga más.

Los que así hablaban parados delante de una tienda de flores de la calle de Alcalá, subieron á una elegante berlina y á

buen paso de su soberbio tronco se dirigieron al próximo *restaurant* de Fornos.

Allí, mientras almorzaban, Eugenio habló á su amigo de esta manera:

—Tú debes saber, porque varios periódicos lo dijeron, que al poco tiempo de instalarme en París quedó concertado mi matrimonio con la hija única de los Condes de X, preciosa muchacha de diez y siete años, á la que ya me unían relaciones de parentesco. Su carácter, á veces afectuoso y alegre, á veces profundamente melancólico, me encantaba, y satisfacer sus caprichos, por extravagantes que fueran, constituía el mayor y más dulce de mis placeres.

La boda, por deseo de mi futura, debía verificarse en Sevilla, su país natal, y por consiguiente, nos trasladamos á la perla del Guadalquivir en pos de una felicidad que huyó acaso para siempre, cuando creí tenerla para siempre asegurada. ¡Así son las cosas de la vida!

Eugenio, vivamente emocionado, se detuvo y después de algunos momentos continuó:

—En una espléndida mañana, una de esas mañanas de Andalucía, radiantes de luz, en que parece que con los aromas de azahar palpitan en el aire átomos de vida y de contento, en el Sagrario de la altiva catedral y al pie del retablo que representa el Descendimiento de la Cruz, un sacerdote nos unió en santo lazo, ante numerosa concurrencia de deudos y amigos que hacían votos por nuestra dicha. En vano intentaría yo expresarte la que en aquellos momentos se desbordaba de todo mi ser; lo que después he sufrido, siendo tanto, no creo que pueda compensarla.

Nos disponíamos á dejar el sagrado recinto. Las notas del órgano, que de manera más dulce y conmovedora volvió á sonar, acariciaron mis oídos produciéndome el efecto de un canto de ángeles que, allá en el cielo, celebraran con himnos de gloria la unión de nuestras almas, y Rosalía, absorta y estremecida por aquel torrente de mágicas notas, volvió á caer de rodillas ante el altar.

Al fin los sonidos fueron perdiéndose como jirones de nubes que se desvanecen, y cuando salimos de la iglesia, el rayo

de sol que envolvió la figura encantadora de mi mujer me pareció un nimbo de felicidad que había de seguirnos por doquiera.

Compacta muchedumbre, ansiosa de contemplar la hermosura de la novia, formaba calle desde el pórtico del Sagrario hasta el pie de las gradas donde esperaban los coches. Rosalía entró en el que nos estaba destinado y yo la seguí palpitante de amor y de ventura. Partimos.

—¡Vida mía!—dije rodeando con mi brazo aquel tan ardientemente codiciado talle, á la vez que mis ojos sedientos de amor buscaban su mirada... Pero ¡ah! en aquellas mejillas, momentos antes del color de las rosas, vi extendida mortal palidez, y aquellos ojos donde yo ansiaba libar la dicha, faltos de animación, parecían fijarse en un objeto sólo para ellos perceptible.

Su estado me produjo viva inquietud; traté de arrancarla de aquella especie de éxtasis, y pasados algunos instantes que me parecieron eternos, mirándome con expresión extraña, me dijo:

—¡Ni una palabra, por piedad! Y acurrucándose en el ángulo del carruaje, después de haber ocultado su rostro entre los pliegues del blanco velo de desposada, no varió de actitud hasta que llegamos á la casa de sus padres, donde debíamos almorzar antes de emprender nuestro viaje de novios. Una vez allí, se negó á asistir al almuerzo, encerrándose en sus habitaciones, después de manifestar que su indisposición carecía de importancia, pero que necesitaba algunas horas de quietud y creía conveniente que se aplazara nuestra salida de Sevilla. ¡Aquel día y aquella noche fueron para mí de terrible ansiedad!

Á primera hora de la mañana siguiente, me apresuré á informarme de su estado, y mi suegra, que salía del cuarto de su hija, me tranquilizó diciéndome:

—Ha pasado bien la noche y en este momento la dejo leyendo la descripción que hace un periódico de vuestra boda, mientras su doncella le prepara la *toilette* para que salga á dar un paseo, que acabe de normalizar sus nervios. Ten paciencia para sufrir *la manera de ser* de esta pobre niña, como su pa

dre y yo la tenemos, y ahora—añadió—ve á vestirme para que la acompañes.

Dichoso con tales noticias, corrí á ponerme un traje de calle, y á los diez minutos llegaba á la puerta del gabinete de Rosalía.

El Conde salió á mi encuentro.

—Á buscarte iba, hijo mío—exclamó con visible emoción.—La fatalidad se empeña en rodear de amargura días que debieran ser tan dichosos... Mira á tu pobre mujer.

Sobre ancho diván, el cuerpo exánime de Rosalía presentaba el aspecto de un cadáver, y en el paroxismo del dolor, trataba con sus caricias de reanimarle.

Durante muchos días la muerte cernió sus negras alas sobre el lecho virginal de mi esposa, y aunque al fin conseguimos vencer el peligro inminente y la fiebre cedió á la medicina ó á la naturaleza, fueron estériles todos los esfuerzos para volver la inteligencia á aquella frente, de donde los recuerdos se han borrado por completo.

No reconoce los objetos que la rodean ni á las personas que le eran queridas, ni sus labios han vuelto á pronunciar más que estas palabras, que repite maquinalmente: ¡No me olvides!

Hace dos meses que la enferma está bajo la dirección del doctor Esquerdo.

Yo habito con mis suegros una quinta que éstos poseen en Carabanchel, y habiendo observado que mi pobre Rosalía miraba atentamente un ramo de flores que mandé colocar en su cuarto, hago excursiones á Madrid para buscar las plantas más hermosas y extrañas, ya que las flores parece que despiertan en ella un destello de inteligencia y de cariño, que en cierto modo se hace extensivo á mí porque, al ofrecérselas, fija sus ojos en los míos y repite con más dulce entonación su eterno: *¡No me olvides!*

Por eso te dije que mis flores no representan la felicidad, sino la esperanza, único sentimiento que hoy puede llenar el vacío de mi alma y dar interés á mi vida.

Los dos amigos se separaron prometiendo volverse á ver, y Eugenio emprendió el camino del manicomio.

II

Aquellos de nuestros lectores aficionados á enterarse de lo que no les importa, y con tiempo de sobra para perderlo en cosas inútiles, ciertamente nos seguirán, retrocediendo algunos años, al hotel de los condes de X, situado en uno de los barrios más aristocráticos de la corte.

Alrededor de una mesa profusamente servida de apetitosos y delicados manjares, donde, sin embargo, no hay más que un cubierto, varias personas tratan con frases cariñosas y ofrecimientos seductores de hacer comer á una preciosa niña como de ocho años de edad que, tapándose la boquita con su diminuta mano, opone tenaz resistencia á tomar cosa alguna.

Su madre promete comprarle una muñeca que ande sola; la institutriz, llevarla á las glorietas del Retiro para que juegue con otras *señoritas* de su edad; el padre, tomar para aquella misma tarde un palco en el Teatro Español, donde podrá divertirse con las gracias de Mariano Fernández, que tan galantemente dirige la batalla de monos en *La redoma encantada*; pero todo es inútil.

La niña, siempre en guardia, resiste valientemente los ataques del enemigo que, después de una larga hora de asedio, se rinde á discreción con armas y bagajes.

El Conde sale del comedor malhumorado; la institutriz arregla su semblante á las circunstancias, y la madre, que no ha hecho más que suspender las hostilidades, sintiéndose con nuevos bríos para emprender la lucha, tomó á la niña en sus brazos y, acariciando sus dorados cabellos, le dijo:

—Pero, Rosalía, ¿quieres morirte?

—Morirme, no, mamá.

—Entonces ¿por qué te niegas á comer? ¿Qué deseas? Pide todo lo que quieras y lo tendrás en seguida; yo te lo aseguro.

—¿De veras?—exclamó la niña mirando fijamente á su madre.

—Sí, hija mía, de veras—contestó la condesa.

—Entonces... que venga Fernandito; con él verás qué bien como.

—Ya sabes que Fernandito está en el pueblo, porque el doctor le ha mandado respirar el aire del campo. Cuando pase algún tiempo volverás á tenerlo aquí como antes. En cambio, tus primitos pueden venir á jugar contigo, si quieres.

—Sí... pero no quiero.

—¿Y Julita y María, que son dos niñas tan graciosas y amables?

—Nadie más que Fernandito, ya lo sabes—contestó resueltamente la pequeña.

—Pero si...

—Ya ves cómo no me das el gusto que pido... ¡Me engañabas!—replicó Rosalía dando rienda suelta al llanto y abandonando las rodillas de la condesa que, dominada por aquellas lágrimas, dió orden de que subiera inmediatamente la madre de Fernandito.

Era ésta una antigua doncella de la casa, llamada Mariana, como de treinta años de edad y viuda hacía cuatro, por lo que vivía con su padre, portero del hotel desde el tiempo de los anteriores condes.

La señora, al verla entrar, le dijo mostrándole á la pequeña, que gimoteaba en un rincón:

—Ya he logrado averiguar la causa de las rarezas que tiene estos días la niña, y que acabarían con su salud si no ponemos remedio. Quiere que vuelva tu hijo. Para decírtelo te he llamado.

—Por mí... lo que la señora disponga—dijo Mariana;—pero... —añadió con cierta timidez—como el doctor ha dicho que ese niño no puede desarrollarse en la atmósfera viciada de Madrid... que sus pulmones necesitan respirar el aire puro del campo... y que no responde en caso contrario de que...

—¡Bah!—le interrumpió la Condesa, contrariada.—Lo seguro es que mi hija está expuesta á enfermar si él no viene, y esto hay que evitarlo á todo trance. Además, tiempo te queda de volver á mandarlo al pueblo si fuese necesario. Que enganchen la berlina y esta misma noche puedes estar aquí con el chico.

—Como la señora quiera—contestó al fin resignada Mariana.

Por su parte, la niña, una vez segura de que conseguiría su objeto, tomó posesión del asiento que poco antes había ocupado delante de la mesa, y sin necesidad de más estímulo dió buena cuenta del almuerzo que le estaba destinado.

Desde esta época Rosalía y Fernandito vivieron unidos como dos hermanos, recibiendo ambos la misma educación, porque la niña, siempre caprichosa y mimada, no consentía aprender lo que no aprendiese á la vez su amiguito, niño de carácter dulce, de privilegiada inteligencia, tan bello y simpático que era imposible mirarle sin sentirse atraído por él, y con tal aptitud para la música que á los diez años tocaba el piano con rara perfección.

En sus conversaciones con Rosalía, ambos formaban proyectos de color de rosa para lo porvenir. Él llegaría á ser un gran músico, alcanzando gloria y riquezas, y en cuanto á su compañera, ésta se contentaba con que la dejasen hacer, como al presente, su soberana voluntad, porque así... ninguno se atrevía á decir lo que acaso los dos pensaban.

Mariana, aunque sentía vivir separada de su hijo, al que sólo por las noches, á la hora de acostarlo, puede decirse que veía, estaba satisfecha de que *se criara como un Marqués*.

No pensaba lo mismo el abuelo; más bien consideraba una desgracia para su nieto aquella educación tan poco en armonía con su condición humilde, y ya alguna vez había sorprendido la molestia y acaso la vergüenza que causaba al pequeño oirse llamar *el hijo del portero*. Aunque, lo mismo que Mariana, estaba convencido de que el chico tenía talento, no lo estaba tanto de que con él llegase á adquirir una posición como su manera de vivir le hacía necesaria, y de aquí que el pobre viejo temiera grandes mortificaciones, cuando menos, para en adelante.

También los Condes empezaron á preocuparse del excesivo cariño que su hija abrigaba por aquel muchacho, que iba haciéndose hombre, como ella mujer; cariño que acaso podría llegar á ser perjudicial para una criatura de las condiciones de carácter de Rosalía. Pero comprendiendo que era empresa punto menos que imposible tratar de separarlos sin tomar medidas extraordinarias, acordaron como lo más acertado en

circunstancias tan difíciles emprender un largo viaje por el extranjero, visitando las principales capitales de Europa; cosa que podía ser del agrado de la niña y muy conveniente para su educación.

Quince días después quedaban terminados los preparativos y fijado el de la partida.

La víspera de ésta los niños, acompañados por la institutriz, estaban como de ordinario en el gabinete de estudio. Rosalía hablaba de su vuelta para animar al pobre Fernandito, que triste y silencioso la contemplaba tenazmente, como si quisiera grabar en su memoria hasta los más leves rasgos de aquella carita adorada que temía perder para siempre. *Mademoiselle*, que profesaba al niño tierno afecto, compadecida del profundo dolor que su actitud revelaba y deseosa de variar el curso de sus pensamientos, le rogó que tocara el piano, á lo que Fernandito, siempre dócil y complaciente, accedió de buen grado, hiriendo las teclas con tal expresión de sentimiento, que Rosalía y la institutriz se conmovieron profundamente.

La pequeña no separaba su mirada del inspirado artista, extasiada ante aquella extraña melodía, y cuando cesó el encanto porque cesó la música, ocultó el rostro entre sus mantas, dejando correr las contenidas lágrimas. Después se acercó al pequeño Fernando, que también lloraba, y colocándole en el cuello una cadena de oro con varias medallas que se quitó del suyo, le dijo:

—Toma, en cambio de la composición que has hecho para mí; porque está dedicada á mí, ¿no es verdad?

El niño hizo un signo afirmativo con la cabeza; un nudo apretaba su garganta impidiéndole hablar.

Ella continuó:

—Es tu despedida... Tu último adiós... ¿Le darás ese nombre?

—No—balbuceó al fin el pequeño;—quiero darle otro... el de... *¡No me olvides!* Y al pronunciar el título de su improvisación, fijó las húmedas pupilas en las de la niña con tal angustia y ternura, que Rosalía, acongojada, se arrojó en sus brazos exclamando:

— ¡Nunca! ¡oh! ¡nunca!—é inconsolable siguió á *mademoiselle* que, viendo el estado de excitación de su discípula, puso término á la triste y última velada.

Entre tanto Fernandito abandonó aquel elegante gabinete de estudio; aquellos ricos objetos que durante largos años había mirado como cosa propia; aquel piano, al que, en unión de Rosalía, tan dulces notas había arrancado, y cuyos sonidos parecían vibrar en su alma, dándole un adiós eterno...

Allí quedaban para siempre todas sus alegrías, todas sus esperanzas, porque al salir de allí no se forjaba ilusiones; aquella puerta no podía abrirse para el hombre como se había abierto para el niño.

Desde aquel momento Rosalía dejaba de ser su amiga, su compañera, para ser *la señorita*, como él no sería desde entonces más que el *hijo del portero*.

Bajó con paso vacilante la suntuosa escalera y entró en su pequeña habitación, tan diferente de las de arriba, á pesar del esmero con que la buena Mariana trataba de hacérsela agradable, y se puso á trasladar al papel los ayes arrancados poco antes de su alma; notas que parecían modular entre lágrimas una ardiente súplica: ¡No me olvides!

Después cortó cuidadosamente las flores que lucían en varias macetas que adornaban la reja de su ventana, y formando un ramo, murmuró besándolas una por una:

—No, no os daré el pesar de morir lejos de ella, para quien os cultivaba con tanto cariño...

¡Así pudiera cambiar mi vida por la vuestra de algunas horas! Colocó el ramo sobre el papel de música recién escrito y se arrojó sobre la cama para ahogar los sollozos. Después... se durmió, porque en los niños no hay pesar que ahuyente el sueño por completo.

III

Al día siguiente, flores y garabatos musicales, acariciados por unas manitas de nieve y unos labios de fuego, se alejaban rápidamente de aquel que en ellos había depositado su alma

toda y que abrasado por la fiebre pasó muchos días en inminente peligro de muerte.

La pobre madre, loca de dolor, comunicó al abuelo su intención de suplicar á los señores que regresaran con la niña, por ser ésta la única que con su presencia podía devolver la salud, ó acaso la vida, á aquel pobre enfermo, que en otro tiempo había hecho lo mismo por ella; pero el viejo le hizo comprender lo absurdo de una pretensión que los señores juzgarían atrevida y ridícula, y de la que no obtendría resultado alguno.

Y el abuelo tenía razón. Hay una caridad para socorrer las miserias del pobre; pero no la hay para consolar los dolores de su alma. ¡Anomalías del corazón humano!

Convencida de ello la infeliz Mariana, puso todas sus esperanzas en el cielo, refugio de los desheredados de la tierra, teniendo al fin la alegría de ver á su hijo fuera de peligro, y aunque en un estado de grandísima debilidad y abatimiento, ir entrando en su nuevo género de vida.

El estudio de la música absorbió por completo la atención del niño, y los progresos que hizo en ella fueron tan grandes que sus maestros le auguraron un porvenir glorioso, lo que, reanimando sus esperanzas, le dió nuevos alientos para trabajar. Y así pasaron cinco años desde la partida de los Condes, que habían fijado su residencia en la capital de Francia.

Fernando cumplió los diez y siete, y con el primer premio del Conservatorio en composición y piano, esperaba con grandes probabilidades de éxito ser pensionado para continuar sus estudios en Roma.

Pero esos estudios á los que el interesante joven dedicaba todas sus energías, animado por una esperanza loca, pero siempre acariciada con ardor, habían, al par de las tristezas de su alma, minado aquella naturaleza endeble; y aunque el anhelo de la felicidad soñada parecía contener los progresos de una enfermedad terrible, sus fuerzas decaían en lugar de tomar nuevo vigor con los años. Alarmada Mariana, consultaba frecuentemente con el doctor, que solía decirle:

—Cuide usted de las ilusiones y las esperanzas de su hijo, porque ellas constituyen su vida. Si va á Roma, acaso la feli-

cidad de ver realizados sus sueños consiga más que todas las drogas que aquí podemos darle. La felicidad suele ser panacea que cura infinitas dolencias.

Y la pensión se consiguió, y el joven, radiante de alegría y locuaz como nunca, explicaba á su madre y á su abuelo los seductores proyectos que, gracias á aquella pensión, llegaría á ver realizados.

Mariana no dudaba, recordando las frases del doctor, de que su hijo recobraría la salud siendo dichoso, y el viejo empezaba á tener confianza en el porvenir del muchacho.

IV

La señora Condesa había escrito al ama de gobierno para que enviase á la casa de Sevilla los objetos que marcaba en una larga lista. Los señores llegarían tal día á dicha ciudad, y tal otro era el señalado para la boda de la señorita con el joven Duque de B., veinte veces millonario, y lo que se llama todo un real mozo.

La noticia corrió por la casa, y Fernando no fué de los últimos en saberlo; pero nada dijo y siguió haciendo los preparativos para su viaje, algo más pálido, mucho más silencioso, pero tranquilo en apariencia.

—¡Cuánto padeces, hijo mío!—le dijo su madre, adivinando los tormentos de aquella alma tierna y soñadora.—Esa tranquilidad que aparentas te hace más daño que dar expansión al dolor.

—Sí, padezco—respondió el joven con una sonrisa que hizo llorar á la pobre Mariana;—pero yo creo, madre, que sólo para eso venimos los pobres al mundo. No te aflijas; ya ves—añadió con amargura,—todo se olvida, y yo también quiero olvidar.

—Dame el gusto de detener tu marcha siquiera por algunos días.

—¿Para qué, si ese viaje es mi única esperanza de consuelo? Vamos, no seas tonta, madrecita mía, y no hablemos más de ello.

Tan acostumbrada estaba aquella buena mujer á no contrariar á su hijo, que no insistió, y al siguiente día, en la puerta de la casa, por quererlo así Fernando, se despidió de aquel pedazo de sus entrañas, haciéndole todas las advertencias que las madres hacen á sus hijos cuando éstos van á emprender un largo viaje.

El abuelo, tan emocionado como ella, dijo á su nieto, estrechándole por última vez entre sus temblorosos brazos:

—Hijo mío, Dios nunca cierra todas las puertas. ¡Á Roma por todo!

Pero Fernando no fué á Roma, sino á Sevilla, adonde llegó á las nueve de la mañana del mismo día en que la hija de los Condes de X debía unirse al opulento duque de B, y después de enterarse por los criados de la casa de cuándo y dónde era el casamiento, entró en un café y pidió recado de escribir.

Una hora después guardaba en su bolsillo una voluminosa carta en cuyo sobre no puso dirección alguna; y volviendo á salir á la calle se encaminó hacia la plaza de la Catedral, donde empezaba á reunirse la gente deseosa de presenciar *el paso de la boda*.

Fueron llegando los invitados en elegantes trenes, y la novia, radiante de hermosura y de riquezas, subió las gradas que rodean el templo, seguida de bellas y linajudas damas y de apuestos y encopetados caballeros, desapareciendo, aun antes de penetrar en la iglesia, de la vista de aquel su tan querido amigo de la infancia que, expirante de amargura, se apoyaba en el muro, mientras con mano febril hacía pedazos la carta escrita momentos antes y en la que había depositado todo el tesoro de sentimiento que encerraba su alma.

—Muy distraído estás, Fernando—le dijo un sacerdote tocándole ligeramente en el hombro.—¿No te acuerdas ya del que fué tu maestro de piano en Madrid hace algunos años?

—¡Don Clemente!

—Sígueme y hablaremos y al mismo tiempo verás la boda, pues yo soy el que ha de tocar el órgano. Démonos prisa, que los novios entran ya en la sacristía y en seguida empezarán las velaciones.

Y hablando y andando el buen organista, empujó al pobre joven hacia la iglesia.

Cuando, terminada la ceremonia, Rosalía se apoyaba en el brazo de su marido para salir del templo, el órgano volvió á sonar; pero no el mismo órgano que había acompañado la misa, sino un instrumento nuevo, desconocido hasta para don Clemente, que tan acostumbrado estaba á él.

A impulso de los dedos de Fernando los tubos metálicos, desbordados en explosión de ignotas armonías, llenaron los ámbitos del templo de sonidos extraños, semejantes á sollo-nes comprimidos, ahogados ayes... quejas exhaladas por un alma que, herida en la tierra, busca un refugio en el cielo. Sonidos que, despertando en Rosalía un mundo de recuerdos... sueños dorados de la infancia... ilusiones desvanecidas por el tiempo, como se desvadece el aroma de la flor que el aire troncha, repetían en sus oídos cual lejano eco *¡No me olvides!* y conmoviendo todas las fibras de su corazón la hicieron caer de hinojos.

Y allí, al pie del mismo altar en que jurara eterna fe al hombre que desde entonces había de ser el compañero de su vida, juró también consagrar aquel día, el de sus bodas, sólo y exclusivamente al recuerdo del amigo de la niñez.

V

Un tanto calmada su excitación, á la siguiente mañana se disponía, como sabemos, á dar un largo paseo por consejo de su madre. Ésta le había dejado sobre el tocador un periódico diciéndole:

—Entretente leyendo la descripción de la ceremonia de ayer; verás qué bonitas cosas dicen tus paisanos de ti.

Rosalía lo tomó maquinalmente, y luego, distraída, fijó los ojos en el siguiente párrafo, que poco á poco fué absorbiendo su atención:

«Ayer á las dos de la tarde unos marineros de Triana extrajeron del río el cadáver de un joven que se arrojó desde el

puede. Anoche aún no había podido ser identificada su persona; pero créese será fácil conseguirlo, porque el suicida tenía al cuello una fina cadena con cuatro medallas de oro.»

El papel se escapó de las manos de Rosalía, que, herida en el alma, cayó desvanecida.

MARÍA DE BELMONTE.





EL SUEÑO DE UNA TARDE DE VERANO

POEMA

I

En un lugar lejano de la corte,
que se encuentra de España más al Norte
y que el viajero rara vez visita,
pueblo feliz por carecer de historia,
pues nunca se cubrió de oprobio ó gloria,
se eleva entre dos valles una ermita.

Tiene el pequeño templo altos pilares,
no son ricos ni bellos sus altares,
pero imagen no fué más venerada
que la que por los buenos campesinos
que de aquellas aldeas son vecinos
la Virgen de los Valles es nombrada.

Detrás, y rodeado de misterio,
se levanta el humilde cementerio
con sus cipreses de eternal verdura;
de la última mansión son el adorno,
que ni flores ni luces hay en torno
de la pobre olvidada sepultura.

Hace ya algunos años, cierto día,
la gente en procesión se dirigía
á la aldea, que estaba ya cercana;
el cielo era sereno y despejado,
cual si todo se hubiera concertado
por que mejor luciese esa mañana.

La fiesta celebrábase en Agosto,
y se iba al pueblo por camino angosto
por no haber de llegar mejor manera;
se esperaba que el año venidero
se pudiese dejar aquel sendero
acabando la nueva carretera.

El castillo que el valle dominaba
tan sólo en ese día lo ocupaba
su dueño, un hombre rico y generoso;
aunque lejos del pueblo se encontrase,
el caso no se dió de que faltase
á la fiesta señor tan poderoso.

Miraba esos lugares con cariño
porque en ellos vivió siendo muy niño,
y dicen que á su madre, una condesa
que el sueño eterno en el lugar dormía,
de visitar su tumba en ese día
le hizo solemnemente la promesa.

No iba en la procesión, que se explicaba
que á sus anchas ninguno se encontraba
al ir con ellos del lugar el amo;
se contentaba con pagar con creces
la fiesta presenciada tantas veces
y dar de bellas flores un gran ramo.

La escultura en verdad que no era hermosa,
mas la admiraba con amor piadosa
congregación de innumerables fieles,
y los pies de la Virgen descansaban
sobre una verde alfombra que esmaltaban
geranios, margaritas y claveles.

Tres curas con casullas de gran brillo,
vestido de encarnado un monaguillo,

hombres de tez curtida y rostro franco,
mujeres con mantilla ó con pañuelo,
é imagen de los ángeles del cielo
la niña con corona y traje blanco.

Iban unos con altos estandartes
que ocultos enemigos de las artes
hicieron sin saber pintar siquiera,
otros con mangas algo desteñidas,
y los más con sus velas encendidas
dejando resbalar gotas de cera.

Los que la procesión acompañaban
con monótono acento recitaban
la salve, letanía ó santos gozos,
y, al buscar de un descanso los momentos,
tocaban en brillantes instrumentos
una marcha triunfal algunos mozos.

Así pasó la Virgen de los Valles
por la plaza del pueblo y por las calles
aquella pura y plácida mañana,
para volver de nuevo al templo santo,
en cuya frágil torre mientras tanto
repicaba con fuerza la campana.

La fiesta de la iglesia fué sencilla;
dijo el sermón el cura de una villa
que estaba de la aldea no distante,
y si no fué un modelo su oratoria,
hizo á muchos llorar, la mayor gloria
á que debió aspirar en ese instante.

Fueron luego á la feria y al mercado;
en éste se veía algún ganado
que jamás se compraba sin disputas,
y en la plaza, sufriendo los rigores
del sol canicular, los vendedores
de baratijas, hortaliza y frutas.

Dió el alcalde en su casa, que era extensa,
sacando lo mejor de la despensa
y el vino más añejo, una comida;
entregados á aquellos goces gratos,

ni pudieron contar los muchos platos en que espléndidamente fué servida.

Bajo una hermosa tienda de campaña hubo un baile después, luego cucaña cuyos premios dió el dueño del castillo; los del lugar ganaron los primeros y los otros algunos forasteros que llenaron de plata su bolsillo.

II

En una de las calles, pobre, estrecha, se veía una casa á la derecha teniendo dos sencillos miradores; llegaba de uno á otro una cortina, cayendo sobre blanca percalina cadenas de papeles de colores.

Las plantas más sencillas adornaban el zaguán, y á la puerta se asomaban una mujer enferma y ojerosa y una joven gentil que, contemplando cómo la procesión iba pasando, parecía más triste que curiosa.

El dueño del castillo en esa perla sus miradas fijó, y á alguno al verla su nombre preguntar debió sin duda, contestándole al punto un campesino al paso que seguía su camino:

—Es hija de Dolores, de la viuda.

Frutos del matrimonio de Dolores fueron tres bellas niñas, ó tres flores, llamadas Rosa, Hortensia y Margarita; puro ideal con que la mente sueña era de las hermanas la pequeña, la más hermosa no, la más bonita.

Cuando una primavera murió el padre y triste y sin salud quedó la madre,

las hijas, por tener mayor holgura, olvidando los planes que forjaron de riquezas y amor, se dedicaron á vivir de la plancha y la costura.

No tardaron en verse las mayores amadas por honrados labradores que á las dos entregaron su alma toda; ya la siega se hallaba casi hecha, y una vez recogida la cosecha, celebrarían una y otra bôda.

Margarita, belleza delicada, no era por los labriegos apreciada, sus encantos ninguno comprendía; teniendo cuatro lustros bien contados, la más perfecta flor de aquellos prados se encontraba sin novio todavía.

Es cierto que mostrábase ambiciosa, sin contentarse como Hortensia y Rosa á unirse con un hombre de su clase.

—«Si ese ha de ser, decía, mi destino, si sólo he de agradar á un campesino, preferible será que no me case.»

El día de la fiesta, muy temprano, después de que las tres con ágil mano pusieron en su casa orden en todo, en tanto que peinando sus cabellos hacía la mayor trenzas en ellos, habló á las dos menores de este modo:

«Es preciso cuidar á nuestra enferma, y ora despierta esté ú ora se duerma, con madre habrá que estar tarde y mañana; tú no irás á la iglesia, Margarita, ni con la procesión; eso no quita que te asomes á verla á la ventana.

Tú renuncia al banquete del alcalde, Hortensia, porque al ir fueras en balde, puesto que ha de faltar tu prometido; no le convidarán, que por cuestiones,

no sé si de intereses ó elecciones,
con nuestra autoridad se halla reñido.

Yo al baile no he de ir, no, ni lo intento,
que si me presentase allí un momento
le daría á mi novio un gran disgusto;
no he conocido á un hombre más celoso;
mas siendo bueno, honrado y generoso,
se puede perdonar su genio adusto.»

Todo se hizo cual Rosa dispusiera,
á lo que se debió que el señor viera,
pasando por la calle, á Margarita,
y ella, que comprendió que era admirada,
ya se halló por su mérito ensalzada
subiendo de aldeana á señorita.

Cierto que era su porte distinguido,
que llevaba bien hecho su vestido
y la negra mantilla con donaire;
pero no eran sus gracias seductoras
motivo para hacer que á todas horas
construyera castillos en el aire.

Mil veces le dijeron sus hermanas
que desechase sus quimeras vanas,
pues la ambición un día al fin nos pesa;
mas contra la razón y los consejos
tenía el más traidor de los espejos
para decirle: Puedes ser condesa.

Asistió del alcalde á la comida,
pero á su casa regresó en seguida,
no logrando que al baile se quedase,
y, vistiendo su traje más sencillo,
se dirigió hacia el campo que el castillo
mejor desde su altura dominase.

JULIA DE ASENSI.

(Concluirá.)



LAMBERTITTO ⁽¹⁾

Aquella mañana D.^a Paca sin duda se había levantado con ánimo de proporcionar algún disgusto á la familia. La paz cristiana que allí reinaba no era del gusto de la buena señora, amiga de chismes y enredos, de averiguar vidas ajenas y con un «Dios nos libre de los malos pensamientos» entretenerse en tijeretear honras ajenas, siempre con la mejor intención. Como en aquella casa D. Rafael no permitió jamás ocuparse de nadie sino para aplaudir y ensalzar la honradez, la dignidad ó laboriosidad de los amigos y conocidos, esto no era de la devoción de la señora, y así es que se aburría soberanamente después que terminaba sus dos ó tres horas de rezos y devociones.

Salió á la galería, y tomando una silla baja, pues las mecedoras le parecían un mueble indecente para una señora cristiana, según decía, sentóse con las manos cruzadas, pues su debilidad no le permitía ocuparse en labores, suspiró miró al campo y con su voz gangosa y sus dientes asomando por debajo del contraído labio dijo:

—No parece sino que el mundo os va á faltar; siempre estáis dale que dale al cosido y al bordado... y sin que, al

(1) Véase la pág. 199 de este tomo.

mismo tiempo que trabajáis para el mundo, os acordéis de rezar el rosario, que todo es compatible.

—Tía, cuando usted va, ya vuelvo yo. Me parece que vale más media hora de oración devota y elevado el espíritu á Dios, que estar mascullando rosarios maquinalmente y con el pensamiento en la costura.

—Si es que hemos de hacer de la oración una especie de ocupación maquinal, como el hacer media, tienes razón—añadió Carolina.

—Sí, sí, ocuparos de la vanidad y no penséis en la salvación del alma, y en que de este mundo no hemos de sacar más que la mortaja.

—Todo eso es muy bueno y muy santo, pero creo que usted también lo debía considerar y hacer algo de lo que predica. Si cosemos, no es para nosotros, sino para esa infeliz familia que á usted le pidió ayer una limosna, que no les dió.

—¡Ay hija! Tú eres muy caritativa con el dinero ajeno. Bastantes obligaciones tengo, y gastos sin parar. Por mi salud tiene ahora Lamberto que gastar en la fonda, y ya ves dos pesetas diarias se le van á él sólo en la comida. Luego el dichoso título de abogado le cuesta miles de reales que ha habido que darle á ese ladrón de Gobierno, y después de todo esto, ve y da limosna á esos viciosos, que si ahorraran no les pasaría el verse como hoy se encuentran.

—Es mucha verdad, cuñada—dijo Carolina recalcando la palabra.—Con un jornal de dos pesetas, matrimonio y tres hijos, pueden ahorrar, ¡vaya que sí! Y luego, el que esté enfermo el padre también es culpa suya. ¡Vaya una caridad la tuya!

—Sí, señora; ¿para qué tienen sábanas en la cama? ¿No podían dormir sin ellas? Son pobres; pues que se contenten con lo que Dios les da y no quieran ser señores; tener sábanas y mudarse de camisa todas las semanas.

—Cuánta verdad es ésa, tía. De esa suerte no tenían más que echar pipas y criar melones sobre su cuerpo. ¿También es faltar á Dios el lavarse?

—Sí, señora bachillera; la limpieza en el alma, que el al fin y al cabo el cuerpo es basura, y por más que le lim-

piemos y adornemos, basura será, y con ello daremos gusto al demonio.

—¿Ve usted, tía? Ya he aprendido algo; yo no sabía que el demonio era amigo de las lavanderas y planchadoras, y que, según usted, la mugre es aceptada á los ojos de Dios.

—Mira, no te metas en teologías, pues eso es cosa de los señores sacerdotes, y nosotros somos profanos. Y más te valiera elevar el pensamiento y no dejarte seducir por el demonio.

—¿Y en qué le doy yo gusto á ese caballero? Creo que no faltó á los santos mandamientos y practico la caridad, ayudando á los pobres en cuanto puedo.

—Demasiado sabes tú en qué le sirves y complaces.

—Oye, oye, Paca, ahora sí que te pido una explicación á esas palabras. Creo que mi hija no tiene que confesar ningún acto que pueda ser en su descrédito ni contra su honra, y por eso te exijo que me aclares qué es lo que has querido decir.

—Nada, mamá; son ocurrencias de la tía, que en su afán de hacernos á todos tan perfectos como ella, ve las motas en nuestros ojos.

—¿Sí, eh, y no veo la viga en el mío? ¿No es eso? Pues ya que tu madre lo pide, le daré la explicación. Yo miro más que vosotras por la honra de la familia, y por eso, aun cuando me critiquéis y me censuréis, acostumbro á hablar claro. Sí, señor. Complace tu hija al demonio y con él se ayuda no obedeciendo á su padre, pues tú ya sé que le ayudas á engañarle. Sí, y no te exaltes, pues yo ya ves con qué tranquilidad hablo. Tu hija, aun cuando Rafael se opone porque está enterado de todo, sigue sus amores con el marquesito, con ese Alfonsito, que es la representación de los siete pecados mortales. Sí, sí, señoras: es ese muchacho jugador y mujeriego, despilfarrador y orgulloso. Rafael lo conoce y se opone, pero tú ayudas á la niña y la niña complace al demonio desobedeciendo á su padre.

Una bomba que hubiera caído á los pies de Carolina y su hija no las hubiera dejado más espantadas. Blancas, pálidas y mudas quedaron madre é hija ante aquella acusación, y las palabras quedaron pegadas á sus paladares.

—¿Y todo cuanto tú has dicho puedes probarlo?

—Cuando quieras, cuñada: yo no hablo sino cuando estoy muy enterada de todo.

—Mamá, cállate, deja á la tía, tal vez tenga razón. Por ahora deja en pie cuanto diga: el tiempo descubrirá si Alfonso es un bandido, un mal caballero. Pero sepa usted, querida tía, que ha llegado usted tarde; si mi padre se opone á nuestras relaciones, motivos tendrá para ello; yo soy hija y debo respetarlos y respetarle. A Alfonso le he despedido como amante, pues que sé, aun cuando no tanta como usted, algo de la doctrina cristiana, y sé muy bien que el padre Astete dice que no honra á sus padres quien los desobedece con motivo de casamiento, y cumpliendo con ello, ni Alfonso se casará conmigo, ni yo con él, en tanto que nuestra boda no sea á su gusto, con su permiso y su complacencia. Alfonso me quería y yo sí... sí señora, le quería y quiero, pero si cien años viven mis padres, ¡y ojalá mi deseo Dios lo hiciera posible! y durante ellos no me dieran su consentimiento, cien años se pasarían sin que diera yo ese disgusto á mis padres. ¿Está usted enterada? Alfonso viene y vendrá á esta casa como un amigo: le querré, pero nunca la pasión ni el cariño me llevarán adonde usted, en su... tan cristiana conciencia, quiere suponer. Ya lo sabe usted. Respecto de los calificativos que usted le ha lanzado, esos caen por su base. Como caballero, Alfonso está más alto: los tiros que usted le lanza no le llegan.

Un silencio sepulcral siguió á las palabras de Luisa. Doña Paca quedó impasible; su apergaminado rostro con su aspecto de cabeza de gavilán no se inmutó. Su labio continuó contraído enseñando el diente, y con voz de tiple dijo:

—Muchas filosofías son ésas. Yo, cuando digo las cosas, es porque me consta, y todo eso de que obedecerás á tu padre, allá veremos si el marquesito no te saca, ya que tan perdida estás por sus pedazos.

—Mira, Paca, como todos en esta casa comprendemos tu genio, harto incivil y desatento, nada nos extrañan las sandeces que has pronunciado. Todos sabemos, y ya que tú tienes tanta frescura de lengua, tampoco te ofenderá que la

tengamos los demás, todos sabemos que tu genio y borricadas llevaron al otro mundo á mi pobre cuñado, harto de tus genialidades, y por tanto, de tu *cristiana* boca nada nos extraña. Yo no protejo ni me opongo á los amores de Luisa con Alfonso en tanto que Rafael nada ha dicho. Hace algunos meses que ha cambiado de parecer, y no le parecen convenientes éstas. ¿Por qué? Lo ignoro, y cuando nada me ha dicho, no soy yo quien debe preguntar; él es el jefe de la familia, y aquí no hay más voz que la suya. Si fuera otra clase de mujer averiguaría y preguntaría: yo no discuto las órdenes de mi marido, y mi hija mucho menos. Luisa tiene razón, es una buena hija, y al obedecer á su padre antes que á mí me llena de satisfacción y de orgullo. Bien segura estoy que no preguntará á su padre el motivo de la oposición.

—Porque ella, lo mismo que tú, lo sabéis, y no hagáis de la necesidad virtud. Y ya que, como decís, tengo la lengua fresca porque digo las verdades y me quedo tan tranquila, no os hagáis las inocentes, pues bien estabais en el merendero de la Dolores, en el Cabañal, la tarde que el marquesito estaba de juerga con unas perdidas merendando y dando escándalo... sí... y no os hagáis las inocentes, pues bien lo oisteis y os marchasteis, y eso lo sabe Rafael, tú y tu hija. ¿Qué tal, es verdad, ó no es verdad que es un borrachín, un pillastre y vicioso?

Luisa dió un suspiro y vaciló en la silla, su madre se levantó á auxiliarla.

—¡Hija mía, Luisa, Luisa!

Á Luisa acababa de darle el ataque al corazón: la afección cardiaca, que tanto preocupaba á los médicos, se había presentado. Las emociones fuertes, que tanto se le habían prohibido, acababan de hacer su efecto, gracias á la feroz charlatanería de su tía, tan cruel como intemperante.

—Muchas gracias, Paca, muchas gracias por el disgusto que nos has dado, y sobre todo, á la pobre Luisa. ¡Dios no te tome en cuenta el mal que le has causado!

—Hija, bien sabe Dios que mi deseo es procurar por vuestro bien, y si hubiera sabido que tan fuerte lo había de to-

mar... vamos, ¡que chiquillas más sensibles y nerviosas!

—¡Si creerás tú que todos tienen el corazón de estuco como el tuyo, que es insensible é incapaz... sí, incapaz de una acción noble—!replicó encolerizada la pobre señora, desabrochando el vestido á su hija y mirando con ira á su cuñada, que ni se había movido de la silla.

—Sirve para algo; á lo menos haz la caridad de llamar á Isidora y que traiga éter. Vamos, muévete.

—Ya voy, mujer, ya voy— contestó levantándose, y con calma penetró en las habitaciones llamando á la doncella, que acudió corriendo.

— ¡Ay, señorita de mi alma! ¿Que ha ocurrido? ¡Señorita, señorita!

—Nada, Isidora; el ataque al corazón. Tráigase usted el éter.

—¡Señorita, señorita de mi alma! ¡Pobrecilla mía!—exclamaba la pobre muchacha.

—No sea usted cómica y tráigase la medicina—decía la D.^a Paca increpando á la muchacha.—Eso no es nada; *flicaturas* de estas señoritas de alfeñique.

—¡Vaya con las ocurrencias que tiene usted! Más le valiera ayudar á la señora.

—Isidora, silencio, y tráigase usted el éter corriendo.

No tardó tres segundos la doncella en llegar con el pomo de léter y aplicarlo á la pobre Luisa, que, descolorida y con la respiración anhelante, era víctima de un espasmo nervioso.

—¿En qué puedo ayudarte?—preguntó su cuñada acercándose.

—En nada; dejándonos en paz, y quitándote de nuestra presencia.

—Voy, pues, á pedirle á Santa Rita por esa desgraciada criatura.

—Sí, lo mejor será, aun cuando creo que sería mucho mejor te encomendases á San Prudencio.

—Todo sea por Dios, suframos como vos sufristeis las flaquezas de nuestros prójimos, con paciencia.

—Y que no se necesita poca para aguantarte, dijo doña

Carolina perdiendo los estribos de la consideración y de la hospitalidad.

—¡Hum con la beata! No la puedo tragar.

—Isidora, tenga usted prudencia, es mi cuñada, y por tanto, de la familia.

—Tiene usted razón, señora; perdone usted mi inconveniencia, pero... ¿quién la sufre?

Luisa entretanto comenzaba á respirar; la disnea disminuía visiblemente, y entre las dos mujeres la llevaron á la cama.

—¡Ay madre de mi alma! ¡Madre mía!

—Llora, hija mía, llora y desahoga tu pecho.

—¡Cuán desgraciada soy y cuán feliz mi hermana que está en el cielo!

—¿Tanto te apena el estar á nuestro lado?

—No; pero por mi culpa os ha insultado mi tía. Por mi delito, por mi culpa; repetía.

—No, tú no eres culpable, no: si tú has puesto tu cariño en un hombre infame, no eres tú culpable, sino la víctima de un engaño. Él será el criminal que te ha querido engañar en tu inocencia.

—Dios me perdone, mamá, pero á pesar de todo, aun después de lo que oímos aquella tarde tan cruel para mí, y de la que nada le he dicho, aún le creo inocente. Mi corazón me dice que aquel Alfonso, aquel marqués no era él; no, madre mía, mi corazón me lo dice.

—¡Ojalá fuera cierto! No sé lo que daría por desenmascarar á esa... hipócrita de mi cuñada que yo conozco,... pero que tu padre aún no ha conocido, ni su perverso corazón. Toma la tila.

En aquel momento llegaba Isidora con la taza de la infusión, que iba enfriando con repetido cuchareteo.

—El señor está en la puerta del jardín hablando con un militar y va á entrar. ¿Le aviso lo que ocurre?

—Sí, corra usted y dígame que le ha dado un ligero ataque nervioso. Mucho cuidado con lo que se habla, ¿estamos?

—Señora, ya sabe usted que en diez años, felizmente para mí, no ha tenido usted que regañarme. Quede usted descui-

dada, que ya sabe usted que para mí son ustedes mis padres y toda soy de la casa.

Salió la muchacha y Carolina dijo:

—...nimo, Luisa: que no note tu padre nada de lo que ha pasado. Yo te prometo ayudar para descubrir la verdad de cuanto aquí se envuelve y te diré: quiérole, ú olvídale si no merece tu cariño y mi protección. Ahora silencio y prudencia.

—Luisa, Luisa, Carolina, ¿dónde estáis?

—¿Qué ocurre, hombre, qué ocurre?

—¿Y Luisa?

—Aquí estoy, papá.

—¿Qué ha sido eso, hija mía?

—Nada, un ataque nervioso.

—¿Te has disgustado? ¿Has tenido algún susto?

—Sí, me he asustado.

—Que fuí á sentarme, y creyendo tener la silla, di con este saco de melones de mi cuerpo en el suelo. Luisa creyó que me había dado algún ataque y se asustó, y ahí está todo; colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

—¿Pero cómo estaba tu cabeza? ¿No comprendes que un porrazo á tu edad puede traer malas consecuencias?

—Sólo falta ahora que me asustes tú.

—¿Queréis que baje por el doctor Machí? Ya debe haber vuelto de Valencia, pues el tren de las doce ha llegado hace poco.

—No, no le molestes—contestaron las señoras.

—¿Y Paca, por dónde anda?

—Se fué á rezar las oraciones de la comida.

—Vamos, tenedle consideración. ¡Qué queréis! Es, no ya devoción, sino una monomanía. La otra tarde, cuando vinimos en el tren, se pasó el camino con el rosario en la mano: le ha dado por ahí, pero es una bendita de Dios, y con eso es feliz.

Madre é hija se miraron como asombradas de la buena fe y credulidad de su marido y de su padre y bajaron los ojos como diciendo: ¡Todo sea por Dios!

—¿De suerte que podrás comer y bajar al comedor?

—Sí, papá, voy á levantarme.

—Voy á avisar que saquen la sopa y llamar á Paquita.

—Sí, hija, llámala, pues que si no se le hará de noche ensartando rosarios.

Carolina llegó al gabinete, en el cual y dentro de un armario, cuyas puertas al cerrarse le ocultaban, habían formado un altar con un hermoso lienzo del Corazón de Jesús, y ante el cual D.^a Paca estaba de rodillas y con los brazos en cruz.

—Paca, vamos á comer. Y cuidado con que Rafael comprenda nada de lo ocurrido.

—Por mí siempre estoy dispuesta á cubrir las flaquezas del prójimo y á pedir la paz y la salvación de todos vosotros.

—Sí, sí, está bien; pero pide por tí, que en cuestión de flaquezas nos das á todos el punto.

Y volviéndole la espalda corrió á ayudar á Luisa, que bajaba del brazo de su padre.

La comida fué alegre y la conversación animada. Paca callaba y comía con buen apetito, como si nada hubiera pasado, y allá en su interior se decía:

—El ensayo no ha salido mal: como Lamberto me secunde, el plan no puede ir mejor... y los ataques he visto que con uno de fuerza puede largarse al otro barrio. Tú le diste calabazas á Lamberto, y yo te juré que ya que no le querías no te casarías con nadie, y hasta ahora mi propósito va bien y viento en popa. Un poco de paciencia y mala intención, y lo demás todo irá saliendo como fideos de la prensa. Ya que no coja mi chico á la muchacha y el dinero, cojamos lo segundo, que es lo más interesante, y por lo que todo puede y debe hacerse para que no se escape de las manos.

VIII

ENTRE MADRE É HIJO

Á las cuatro llegaba otro tren de los muchos que para la ida á Paterna, con otros tantos de vuelta, salían diariamente. De aquél se apeaba Lamberto, acompañado de un amigo

suyo, capellán castrense, que iba al campamento. Lamberto esperó en la estación la llegada de algún amigo que se adelantara á tomar billete para decirle le sacara uno, y, como era consiguiente que al darle los cinco perros chicos se los había de rehusar, con esto le salía la ida gratis, y así lo hizo con el capellán.

En la avenida, y ya delante de la casa de su tío, se despidió de aquél y empujó la verja, penetrando en el jardín; subió los cuatro escalones que conducían á la puerta y llamó á sus tíos, que le recibieron con muestras de afecto.

—¿Tu prima? Está delicada; ha tenido hoy un ataque nervioso y está recostada—dijo Carolina.—Tu madre estará en el cenador del jardín; allí se retira á estas horas para rezar la corona.

—Lo que es por rezos no se quedará corta mi madre; con permiso de ustedes, voy á saludarla.

—Anda, que allí la encontrarás.

Lamberto salió al jardín por la puerta del comedor y pronto se reunió con su madre, que efectivamente estaba, rosario en mano, haciendo la digestión de la comida entre padrenuestros y cabezadas.

—¿Cómo estamos, madre?—le dijo, tomando una silla y sentándose á su lado.

—Bien; espera que concluya esta decena.

Y Lamberto se quedó inmóvil; callado y contemplando la fuentequilla de rocalla que cubría la tapia, envuelta por la tupida madreselva. Terminó la señora y, guardándose el rosario, dijo:

—¿Qué ocurre por la ciudad? ¿Hay alguna novedad en casa? ¿han pagado los inquilinos? ¿ha ido el del pagaré? ¿cuánto te has gastado en estos días?

—Eche usted y no se derrame: ¿no hay más preguntas que hacer? No ocurre nada, los inquilinos han pagado y aquí están los cuartos. El del pagaré ha pagado los intereses del trimestre y aquí están las 50 pesetas que rentan de las 250 del capital, y en cuanto á mí, me he gastado en estos ocho días 10 pesetas 57 céntimos; y ha sido todo eso menos porque me han convidado á comer un día y dos á cenar.

—¿Y ahorrándote tres comidas aún has gastado 10 pesetas y 57 céntimos? Tú tienes algún vicio que á mí me ocultas y vamos á tener un Dos de Mayo.

—Cállese usted y no sea majadera. ¡Si iré á poner coche con ese dinero!

—Entonces, dime, ¿en qué te los has gastado?

—Mire usted, madre, en lo que me ha dado la gana, ¿estamos? Y á mí no me venga usted con ajustes de criadas; soy mayor de edad y puedo pedirle la parte de mi padre, con que callandito, que aún puede usted perder más que yo.

Lamberto, el niño temeroso de quedarse solo, el niño pacato según su madre, y á quien antes de dar contestaciones tan irrespetuosas á su madre ya le hemos visto en sus trapicheos con la dueña del merendero, así se expresaba cuando nadie podía oírle, y por tanto nada perder en su prestigio. D.^a Paca se calló, mordiéndose el labio inferior y le miró con enojo.

JOAQUÍN CASAÑ.

(Continuará.)





CRÓNICA QUINCENAL

Dos jefes indiscutidos é indiscutibles, al frente de dos grandes agrupaciones de hombres políticos—senadores y diputados, ministros y exministros, directores y exdirectores ó aspirantes á serlo,—forman hoy esos dos bandos del llamado turno pacífico, turno que podrá ser acaso un bello ideal en la esfera teórica, pero que ha de resultar necesariamente y no pocas veces una gran mixtificación en la práctica, confundiendo á cada paso procedimientos y programas de una y otra parte.

Esa es la verdad. Véase lo que pasa en las crisis italianas y en las crisis francesas, y pronto quedará demostrado que el modelo inglés de los partidos y de las jefaturas no encaja seriamente en otra nación más que en la española, y aun entre nosotros sólo subsiste la ficción actual por común consenso y para beneplácito y satisfacción del partido más utilitario, que resulta ser el imperante.

Y si no, vamos á cuentas. Desde el primer día de la Regencia acá, ¿cuántos años han transcurrido? Va para nueve. Desde entonces, ¿cuántos años ha tenido las riendas del poder el Sr. Cánovas del Castillo? Unos dos años escasamente, y aun estos dos años con desinterés sumo y una oposición implacable é inaudita. ¿Cuántos el Sr. Sagasta? Va para

seis. Y ése es todo el secreto—dice el vulgo—de que vivan en la misma agrupación del turno más favorecido los antiguos moderados cogidos del brazo con los demócratas más ardientes, y vivan ciertos proteccionistas á partir un piñón con los librecambistas de siempre; ése es el gran secreto del reclutamiento progresivo que en las filas de la *fusión* por largas épocas se ha observado, acudiendo al provechoso fusionismo nuevos refuerzos y prófugos de todos los opuestos campos de la política militante.

El vulgo yerra muchas veces, claro está; pero el vulgo forma también al fin cierta atmósfera nunca despreciable y que no cabe contrariar de continuo. Cuando aparecen errores gubernamentales de bulto, gravísimos é innegables, que conmueven la opinión y afectan á los intereses más hondos y vitales de los pueblos, no sirven discursos, benevolencias ni retóricas para desvirtuar su alcance ó para persuadir á las gentes que lo negro sea blanco y lo malo bueno.

Todo esto quiere decir que la tolerancia tiene sus límites; que el país ha sufrido como nunca decepciones, tiene miedo á que esto continúe y la ruina se consume, desecha ya el sistema de aplazamientos y paliativos, y quiere pronto oportunos remedios. El que no lo vea así, será algún miope incurable y destinado á decepciones crueles.

La misma prensa que llaman oficiosa, la más adicta al Gobierno, lo proclama diariamente y en todos los tonos.

«Los tratados y el presupuesto—dicen—eran la necesidad más urgente, la conveniencia más reconocida, el programa único de esta legislatura, y á la mitad de su tiempo, ni el presupuesto se ha ultimado, ni sobre los tratados hay dictamen, ¿Cómo se van á discutir antes de Agosto? Y si no se discuten, ¿cómo se van á aprobar?»

»Hoy no duda nadie que la segunda legislatura está aplazada hasta el invierno; hoy no creen en la modificación ministerial anunciada ni los que la esperan con indiferencia, ni los que la desean con ansia. Los que más avanzan en las profecías, se quedan en la probable dimisión de algún Ministro; pero fijan un plazo más largo que la Cuaresma, dentro del cual habrá de dimitir ó habrá de resolverse á continuar

en el Gabinete. Pero ¿qué significa la salida de un Ministro? Importaría más la salida de los presupuestos; pero todavía se está ensayando el proyecto de ley correspondiente.

»No hemos de negar que, para la vida del país, el presupuesto que rige no ha de ser peor que el presupuesto que se prepara; y la situación comercial creada entre España y Alemania tampoco ha de causarnos daños mayores que los mismos del tratado, según los *meetings* y las solicitudes en contra de tales convenios.

»Pero algo hay que hiere gravemente á la situación y es la sospecha de que si el Ministerio de notables acabó por exceso de iniciativas, éste pueda sucumbir por falta de todo movimiento y toda vida, y pueda acabar también con la misma existencia gobernante del partido liberal...

»Las conversaciones de la gente política no tienen más signo ortográfico que el interrogante, ni más forma que la pregunta. ¿Qué va á suceder? Nadie lo sabe... Sin tratados y sin presupuesto, ¿qué dirán los liberales al país? O mejor preguntado, ¿qué dirá el país de los liberales?...

»La indiferencia, que todo lo invade, ha penetrado en todos los espíritus; los partidos que no esperan satisfacción ni triunfo inmediato, se resignan; y el Gobierno, que no teme, se duerme. La mayoría quiere pelea; pero ¿contra quién la prepara? ¿Contra el Gobierno ó contra los Ministros? Y á esta única pregunta es á la que le hemos oído una contestación: —Contra su sombra. Ahora falta saber si la sombra que estorba á la mayoría son los conservadores, ó es la indecisión, la duda, la esterilidad y la decadencia del Gobierno.

»El *bill* de indemnidad se defenderá con calor, como con calor se defendió el desenlace del conflicto de Marruecos. Pero se trata en el *bill* y se trataba antes de algo que, más que á la presente, interesaba á la pasada situación.

«Por eso urge algo nuevo, y eso es lo que no viene.»

Dicen que ha llegado la hora de llevar á la práctica la segunda parte del programa económico del partido liberal. Esta segunda parte del programa consiste en deshacer todo lo hecho en la primera. Se asegura que la mitad de las economías que, merced á tantos y tan grandes esfuerzos, realizá-

ronse en el presupuesto anterior, vienen abajo con el que habrá de leerse en las Cortes dentro de más ó menos días, y representa el presupuesto nuevo un paso atrás en el camino de la reorganización de la Hacienda. Las economías hechas desaparecen, pero los nuevos gravámenes impuestos quedan todos.

Era de suponer, y vale más que no se discutan en esta legislatura los presupuestos. De no haber nuevos presupuesto, muchas son las ventajas que, según un periódico gran amigo de los fusionistas, se ofrecen en perspectiva al Sr. Sagasta. Desde luego se impide que aquellos elementos del partido liberal que más trabajaron por las economías se enojen al ver por tierra casi toda su obra. Después se consigue alzar un obstáculo más á la vuelta de los conservadores. Porque si las Cortes se cierran sin votar los nuevos presupuestos y se vuelven á abrir á fin de año, ya, por mal que vengan las cosas, el Gobierno liberal, y por tanto, el Sr. Sagasta, tienen vida oficial asegurada por lo menos hasta el verano de 1895, pues por necesidad han de hacer los presupuestos de 1895 á 1896, careciendo, como habría de carecer, de tiempo material toda otra situación para convocar Cortes nuevas, constituir las Cámaras, someter aquéllos á las deliberaciones de éstas y cumplir oportunamente con el indispensable precepto del Código fundamental.

No habrá, pues, nueva legislatura, ni presupuestos nuevos, ni crisis, ¡ó poco ha de poder el jefe de la situación!

¿Quién es el severo y adusto censor que dice no ser esta política propia ni digna de un hombre de Estado? Ese tal no conoce la extremada modestia del Sr. Sagasta, el cual no pone empeño alguno en pasar como estadista á la historia. Se contenta con la jefatura perenne del partido liberal y la presidencia del Consejo.

* * *

Alemania ha decretado una guerra de tarifas contra España.

Nadie ignora que en las aduanas del Imperio germánico

se impone á los productos españoles la tarifa arancelaria de guerra, esto es, la máxima de aquel país, con un recargo de 50 por 100; pero nuestro Ministro de Estado, según dicen los periódicos oficiosos, sigue sin noticias de lo que allí sucede. Es más: para cuando llegue el caso, si es que llega, de que el Gobierno español se entere de aquel hecho cierto y público, todavía no ha resuelto cosa alguna, ni tiene siquiera pensado lo que habrá de hacer para contestar á la guerra de tarifas. Así lo consigna terminantemente un periódico ministerial, añadiendo que, á juicio de muy autorizadas personalidades de la situación, el Sr. Sagasta y el señor Moret, como si dijéramos, España no necesita apelar á recargo arancelario alguno, porque nuestra tarifa máxima se ha considerado siempre como prohibitiva.

Parece esto un juego de despropósitos.

Contraste ofrece y enseñanza la conducta de Suiza con la República francesa. Dos años se han cumplido en Febrero último desde que los ultraproteccionistas franceses lograron ruptura completa de las relaciones comerciales entre la República vecina y la Confederación helvética.

Desde aquel momento se entabló una guerra de tarifas que, si ha causado perjuicios á Suiza, mayores los ha producido á Francia, como se demuestra en una estadística muy interesante que ha publicado el Gobierno federal suizo. Tan concluyentes son los datos en ella contenidos, que *Le Temps*, de París, se ha creído en el caso de darlos á conocer:

«Conviene recordar ante todo—dice—que la exportación de las mercancías francesas en Suiza se elevaba á 250 millones de francos, por término medio, bajo el régimen del último tratado de comercio. De los pormenores que encontramos en la estadística federal se deduce que nuestra exportación ha disminuído en un 68 por 100. Todos nuestros principales productos están perjudicados, pues su entrada á Suiza ha disminuído en una proporción que varía entre 38 y 98 por 100.»

El periódico francés llena una columna con datos, de los que se desprende la conclusión mencionada, y se duele del estado lamentable á que llegarán las cosas si continúa la si-

tuación actual, de la que se aprovechan Alemania y Bélgica, las cuales despliegan en estos instantes una energía extraordinaria para acabar de suplantar la industria francesa en Suiza.

Por cierto que es digna de ser imitada la conducta patriótica del pueblo suizo, cuyos periódicos publican constantemente un anuncio que dice así: «*Pro memoria.*—Francia mantiene la ruptura comercial con Suiza, á pesar de haber renovado la Cámara. Los patriotas suizos se abstienen de consumir productos franceses. El comercio no hace uso de los puertos de mar ni de los caminos de hierro de Francia.»

Digna de imitación es la patriótica y viril conducta de la Confederación helvética, tan distinta del proceder de los hombres notables de nuestra situación enclenque.

Aquí, mientras el país se arruina, los tratados se defienden á capa y espada, los gastos y despilfarros crecen, las empresas de ferrocarriles piden más subvenciones y amenazan elevar sus tarifas; mientras restablecemos este año los juzgados que el año pasado se suprimieron mientras se teje y se desteje con una tranquilidad de conciencia que sorprende y pasma, nos contentamos con ver las columnas de los grandes periódicos políticos cubiertas con los discursos de las pomposas recepciones académicas ó con los más minuciosos pormenores de la vida íntima de algún desgraciado torero.

EXTERIOR

No está todavía resuelta, á la hora en que escribimos, la crisis ministerial originada por un voto del Parlamento francés.

La opinión entre los hombres políticos es que la crisis actual ha de ser muy laboriosa, más aún que por las dificultades con que tendrá que luchar el nuevo Gobierno, por la proximidad de la elección presidencial, que hace que todos los que con algunas probabilidades aspiran á reemplazar á M. Carnot se retraigan ahora de formar Gabinete.

Esta situación de interinidad no es para seducir á los políticos de alguna importancia, por lo cual se cree que el Presidente tendrá que recurrir á políticos de segundo orden.

Sobre las causas de la crisis se discute mucho. Hay quien cree que M. Perier, deseoso de abandonar el Gobierno para dedicarse exclusivamente á su candidatura presidencial, ha buscado deliberadamente la derrota. Los que así opinan recuerdan que el Ministerio ha presentado á cada paso la cuestión de confianza sin necesidad, y que ya estuvo á punto de ser vencido en la cuestión del procesamiento del diputado socialista Toussaint. Otros dicen que el Gobierno ha sido víctima de la conjura encaminada á formar un Ministerio de concentración, Bourgeois, Cavaignac, Ribot, pero la negativa del primero á formar Gabinete quita apariencias de verosimilitud á esta versión.

En realidad, derrotas como la que ha sufrido el Ministerio Perier han sido frecuentísimas en la política francesa de estos últimos tiempos.

El Gabinete ha quedado vencido por una coalición de los monárquicos y conservadores adheridos á la República, disgustados unos y otros de las medidas tomadas contra el arzobispo de Lyon y de la desautorización al Nuncio en la cuestión de las fábricas; de los socialistas y radicales, enemigos naturales del Gobierno, irritados además por el procesamiento de Toussaint, y de algunos elementos de la mayoría.

*
* *

Crear un arbitraje para dirimir las cuestiones y divergencias internacionales por medio de soluciones menos sangrientas y costosas que la guerra, ha sido un bello ideal que no parece ya irrealizable. Sabido es que, con motivo de la última Exposición universal de Chicago, surgió allí la idea de constituir ese arbitraje internacional, como una verdadera institución, cuyos acuerdos tengan validez para todas las naciones del Antiguo y del Nuevo Mundo.

El tema ha sido objeto de una memoria interesantísima

por sus tendencias y por la suma de datos que agrupa y recopila, la cual se ha repartido á todos los Gobiernos, á fin de que la estudien y expongan las observaciones que les sugiera. El Papa se ha apresurado á acoger el pensamiento con singular satisfacción; y un publicista eminente, el padre Brandi, reputado como uno de los mayores talentos de la Compañía de Jesús, ha dado á la estampa un notabilísimo trabajo, en el cual comenta con elogio y acepta fervorosamente el acuerdo de Chicago.

Para hacerlo viable no se ocultan al docto jesuita las dificultades que ha de ser necesario vencer. Por de pronto, cree que el Tribunal internacional de arbitraje debe ser permanente, lo cual le dará, en efecto, condiciones de imparcialidad que no tendría nombrado especialmente para dirimir cada caso determinado á raíz del conflicto que demandara su intervención. Además—y esto es rudimentario—opina que sólo puede funcionar en territorio neutral. Y aparte de otras consideraciones, al enumerar las circunstancias que han de concurrir en el presidente de ese Tribunal, sólo encuentra una personalidad que las reúna: el Papa.

El venerable anciano, que, libre de todo género de pasiones, con el bien de la humanidad por norte, y engrandecido por su augusta representación, que tan majestuosamente coincide con la respetabilidad de su poderosa inteligencia, de su incomparable alteza de miras, es, en verdad, el indicado para extender su mano entre las rencillas de los pueblos, imponiendo la concordia que predicó Aquel de quien es Vicario en la tierra.

* * *

Se han publicado en París ciertas declaraciones atribuídas á un general comandante de cuerpo de ejército, en las cuales sostenía éste que el desarme convenía á Francia más que á nación alguna, pues en caso de guerra el auxilio de Rusia no sería tan valioso como se cree, y, por otra parte, la organización política de la República la colocaría en condiciones de inferioridad respecto de Alemania, en que una orden

del Emperador basta para poner en movimiento toda la máquina militar, sin que el Parlamento tenga que discutir siquiera previamente la declaración de guerra.

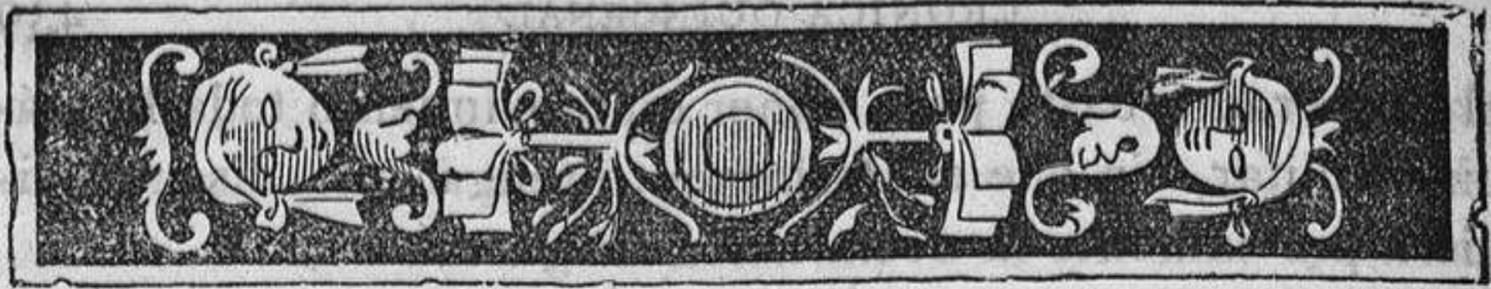
Tales opiniones, puestas en boca de un general en jefe, indicaban un estado de ánimo favorable para sembrar el desaliento en el ejército.

La prensa radical tronó contra el general que así se expresaba, recordando, con este motivo, las torpezas del Estado mayor en la guerra franco-prusiana. El Ministro de la Guerra se creyó obligado á comunicar á la prensa una nota oficiosa en que se negaba que general alguno con mando hubiese empleado tal lenguaje. Todavía pareció insuficiente esta denegación, y el general Rin pidió en la Cámara al Ministro de la Guerra explicaciones. El general Mercier contestó que había preguntado á todos los generales con mando, y que, en vista de sus contestaciones, podía afirmar categóricamente que ninguno de ellos había inspirado el artículo. Después pronunció nobles palabras, que fueron muy aplaudidas, diciendo que á los militares no les correspondía pensar en los riesgos y en las eventualidades de la guerra, sino hallarse siempre dispuestos á derramar su sangre tan pronto como lo exigiera la patria y lo ordenaran los poderes públicos.

Todo esto ha servido para dar otra prueba de que el más acendrado patriotismo palpita siempre en todos los corazones franceses, enalteciendo las virtudes cívicas de un pueblo realmente admirable en esta parte.

C. S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

El Regionalismo en Galicia, estudio crítico, por D. LEOPOLDO PEDREIRA.—Madrid, 1894.—Un tomo en 8.º de 312 páginas: 3 pesetas.

Nuestros lectores conocen ya algunos de los capítulos de este libro, publicados en la REVISTA CONTEMPORÁNEA.

El Sr. D. Leopoldo Pedreira pone de relieve en su obra las innegables dotes que posee para el acertado ejercicio de la crítica; sus profundos estudios filosóficos, sus poco vulgares conocimientos de las literaturas clásicas, su erudición *no á la violeta*, su independendencia y serenidad de juicio, su ingenio tan adecuado á esta índole de trabajos, quedan evidentemente patentizados en el libro que acaba de salir á luz.

Algo hay en la obra del Sr. Pedreira que no merece por completo nuestra aprobación, y lo manifestamos con la franqueza á que por sus mismos méritos es acreedor el autor del *Regionalismo*; nos referimos á la rudeza de ciertos ataques personales que, aunque merecidos en su mayor parte, empequeñecen algún tanto el pensamiento total de la obra. Cierto que en esto no hace el autor más que seguir las co-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

rrientes de la época, pero esta misma es la razón que nos mueve á manifestar nuestra opinión contraria á tales personalismos, tanto más cuanto que los jóvenes como D. Leopoldo Pedreira, estudiosos y reflexivos, que tienden á encauzar las corrientes de nuestra literatura, son los más obligados á no dejarse dominar por los caprichos, muchas veces extravagantes, de la moda.

Aplaudimos en cambio con toda sinceridad su donosísima campaña contra las exageraciones regionalistas, menos explicables en Galicia que en ninguna otra región de España, que de prosperar darían pronto al traste con la unidad nacional. Mencionaremos como uno de los más concienzudos del libro el estudio que el autor hace de las obras del poeta D. Manuel Curros Enríquez, estudio que por sí solo bastaría para acreditar al Sr. Pedreira en el ejercicio de la difícil tarea que se ha impuesto, y celebramos la fina sátira que da sabor á toda la obra, sobre todo cuando, como en la ingeniosísima *Arca de Noé*, se emplea en combatir á los *microorganismos literarios* que, aprovechando la benevolencia ó indiferencia general, crecen y se multiplican audazmente con grave perjuicio de las letras de aquella hermosa región, tan merecedoras de la admiración y respeto de todos.

Creemos que D. Leopoldo Pedreira da gallarda muestra de su mucho valer con su obra *El Regionalismo en Galicia*, conquistándose envidiable puesto entre nuestros críticos.

Su libro es de los que traen cola, en el buen sentido de la frase, porque será muy leído y porque las afirmaciones que sustenta provocarán más de una animada discusión.

E. F.

Introduction á la psychologie expérimentale, por ALFREDO BINET, con la colaboración de los Sres. Philippe, Courtier y V. Henri.—París, Félix Alcan, editor, 1894.—En 8.º, 146 páginas con grabados en el texto: 2,50 francos.

En el laboratorio de psicología experimental que en 1889 se fundó en la Sorbona se han hecho ya multitud de interesantes trabajos, que el Sr. Binet examina en su libro. In-

dica cómo con sencillos aparatos, y aun sin ninguno, se pueden practicar útiles investigaciones. Las sensaciones, los movimientos, la atención, memoria, voluntad, ideación y duración de los actos psíquicos, son las partes de la psicología que mejor se ha logrado someter á experimentos. La psicometría y psicofísica son dos de las ramas más adelantadas de la psicología de los laboratorios, á las que el autor dedica capítulo especial. Concluye describiendo los métodos de observación y con algunos cuestionarios que facilitan el estudio de la psicología experimental.

* * *

Science et conscience. Teoría de la fuerza progresiva, por ENRIQUE KLEFFLER. Tomo primero. El método natural.—París, Félix Alcan, editor, 1894.—En 4.º, XVIII·277 páginas: 4 francos.

Se compondrá de tres tomos esta obra, que se publica después de la muerte de su ilustre autor. Kleffler no era filósofo de profesión ni se hallaba afiliado á ninguna escuela; ingeniero distinguido, buscaba distracción á sus trabajos en las especulaciones filosóficas. Combate con energía al materialismo. ¿Quién conseguirá poner término á la lucha entre la filosofía y el sistema materialista? Dará con la solución el que acierte á definir exactamente la ciencia y la filosofía y determine con rigor el papel, campo de acción y límites de una y de otra.

* * *

Fracciones periódicas y restos potenciales, por D. BARTOLOMÉ PONS Y MERI, Licenciado en Ciencias exactas, ex-catedrático por oposición de Matemáticas y catedrático de Historia Natural en el Instituto de Toledo.—Toledo, 1894.—En 8.º, 90 páginas.

Para nosotros, que conocemos de antiguo los talentos y amor al estudio del docto catedrático Sr. Pons y Meri, no es una sorpresa la producción que acaba de dar á luz. Con en-

vidiable claridad expone uno de los puntos más difíciles de la Aritmética, fecundo en aplicaciones, y da un paso adelante en él. Parécenos que en lo sucesivo ha de hacerse indispensable la consulta del concienzudo trabajo del Sr. Pons, del cual trabajo nos impide hablar con el detenimiento á que es acreedor la índole literaria de nuestra REVISTA.

Enviamos calurosos plácemes al autor y á la ciudad de Alicante, que cuenta con hijos de tanta valía como Pons y Meri, Saturnino Milego y Enrique Urios, los tres, por feliz coincidencia, profesores del Instituto de Toledo.

*
* *

Spinoza, por LEÓN BRUNSCHVIG. *Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas.*—París, Félix Alcan, editor, 1894.—En 4.º, 226 páginas: 3,75 francos.

Explicar á Spinoza es pensar de nuevo su pensamiento, es hacer que participe el lector de la generación y desenvolvimiento del sistema. Tal es el fin que se ha propuesto el autor, procurando ser riguroso á la vez que claro; ha prescindido de toda consideración extraña á Spinoza y de toda preocupación de orden crítico.

*
* *

Le sentiment et la pensée. Ensayo de psicología experimental y comparada, por ANDRÉS GODFERNAUX.—París, Félix Alcan, editor, 1894.—En 4.º, XII-266 páginas: 5 francos.

Se propone averiguar el autor las relaciones que pueden existir entre el sentimiento y el pensamiento, designando con la primera palabra los fenómenos de la vida afectiva, cuyo origen, en el individuo por lo menos, es subjetivo ó interno, y con la segunda, los fenómenos de la vida representativa, cuyo origen es externo ú objetivo.

El sentido general de este estudio es que si en la especie el pensamiento crea el sentimiento, puesto que las excita-

ciones exteriores, lentamente registradas por el organismo, constituyen poco á poco las tendencias y emociones; en el individuo, por el contrario, el sentimiento crea el pensamiento, puesto que sólo obedeciendo á las tendencias hereditarias puede el pensamiento nacer y constituirse.

*
*
*

L' année philosophique. Publicado bajo la dirección de F. PILLON, antiguo redactor de LA CRÍTICA FILOSÓFICA.— París, Félix Alcan, editor, 1894.—En 4.º, 316 páginas: 5 francos.

Contiene escritos muy interesantes de sus habituales redactores Renouvier, Dauriac y Pillon, titulados: *Estudio filosófico acerca de la doctrina de Jesús; Dios según el neocriticismo; La evolución del idealismo en el siglo XVIII*. Completan el tomo una serie de artículos bibliográficos referentes á las obras más importantes de filosofía publicadas en francés durante el año de 1893; resumen exacto é imparcial de todo el movimiento filosófico en Francia.

*
*
*

Otras publicaciones.

Aveu, melodía para mezzo-soprano. Poesía de Henry Gauthier-Villars. Música de E. F. le Tourneux. París, Emile Bretonneau et C^{ie}, rue d'Orsel, 1894: 5 francos.—La letra se distingue por la delicadeza y buen gusto propios de todas las producciones del Sr. Gauthier-Villars, y la música es sencilla y original.

Contra el Regionalismo, por Laureano Tenreiro. La Coruña, 1894. En 8.º, 40 páginas.—Es un folleto escrito con muy buen sentido, porque en él se combaten brillantemente ciertas exageraciones perjudiciales.

Patria con honra, por Bernabé Romeo y Belloc. Madrid, 1894. En 8.º, 48 páginas.—Opúsculo curioso.

Diccionario enciclopédico hispano-americano.—Los editores de Barcelona Montaner y Simón han repartido los cuadernos 334 á 338 de esta importante obra; comprenden desde el artículo *Neronde* al artículo *Novela*, y contienen multitud de dibujos y hermosas láminas en colores, tales como la que representa el plano de Nápoles.

Memoria sobre el comercio de maderas en Filipinas, por don Ramón Jordana y Morera, Inspector general del Cuerpo de Montes, Jefe que ha sido de la Inspección general del ramo en las islas Filipinas. Premiada en la Exposición colombina de Chicago de 1893. Madrid, 1894. En 4.º, 23 páginas.—Hé aquí un trabajo de poca extensión pero de mucha importancia; su autor trata en él con singular acierto de un asunto de gran interés. Pocas personas tan autorizadas como D. Ramón Jordana, que es un ingeniero de clarísimo talento y conocedor profundo del Archipiélago filipino, para estudiar el comercio de maderas en éste.

Tratado de Derecho administrativo colonial, por Gabriel Ricardo España, con un epílogo de D. Antonio Maura, ex-ministro de Ultramar. Cuaderno 1.º La organización central. Madrid, 1894. En 4.º, 40 páginas: 0,75 pesetas.—Se suscribe en la calle de los Reyes, 8, segundo izquierda.

Información parlamentaria sobre los tratados de comercio. Discurso pronunciado por el Sr. D. Pablo de Alzola, consejero de la Sociedad de Altos Hornos de Bilbao, ante la Comisión de tratados del Senado el 30 de Abril de 1894. Madrid, 1894. En 4.º mayor á dos columnas, 16 páginas.—Leyendo este opúsculo, nutrido de datos y cuajado de consideraciones irrefutables, se comprende la resonancia que tuvo y cuán bien fundadas eran las esperanzas de los que aguardaban impacientes que informase el ilustre ingeniero señor **Alzola.**

R. A.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Emisión de 1886.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el trigésimosegundo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, el día 1.º de Junio, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, número 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 1.184.500 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 1.184.500 billetes hipotecarios en circulación se dividirán para el acto del sorteo en 11.845 lotes de á 100 billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo 15 bolas en representación de las quince centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1.240.000 títulos emitidos y los 1.184.500 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 5 del actual expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.500 bolas sorteables, deducidas ya las 343 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo, además, la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 15 de Mayo de 1894.—El Secretario general, *Arístides de Artíñano.*

BANCO HISPANO-COLONIAL

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Décimocuarto sorteo de amortización.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890, tendrá lugar el décimocuarto sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, el día 9 de Junio, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Según dispone el citado artículo, sólo entrarán en este sorteo los 405.000 billetes hipotecarios que se hallan en circulación.

Los 405.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 4 050 lotes de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, en representación de las cinco centenas que se amortizan, que es la proporción entre los 1 750.000 títulos emitidos y los 405.000 colocados, conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 10 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 3.995 bolas sorteables, deducidas ya las 55 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público y lo presidirá el Presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Julio próximo.

Barcelona 21 de Mayo de 1894.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano*.

BANCO DE CASTILLA

Este Banco, á contar desde el día 18 del corriente, satisfará el importe de los cupones de billetes hipotecarios de la Isla de Cuba y del 4 por 100 exterior, que vencerán en 1.º de Julio próximo, depositados en sus cajas— y

cuya devolución en rama no ha sido pedida,—previa presentación de los resguardos de depósito, y con la bonificación del 20,40 por 100.

Madrid 17 de Mayo de 1894.—El Secretario general, *R. Sepúlveda*.



MADRID, 1894.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNANDEZ

Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934.